

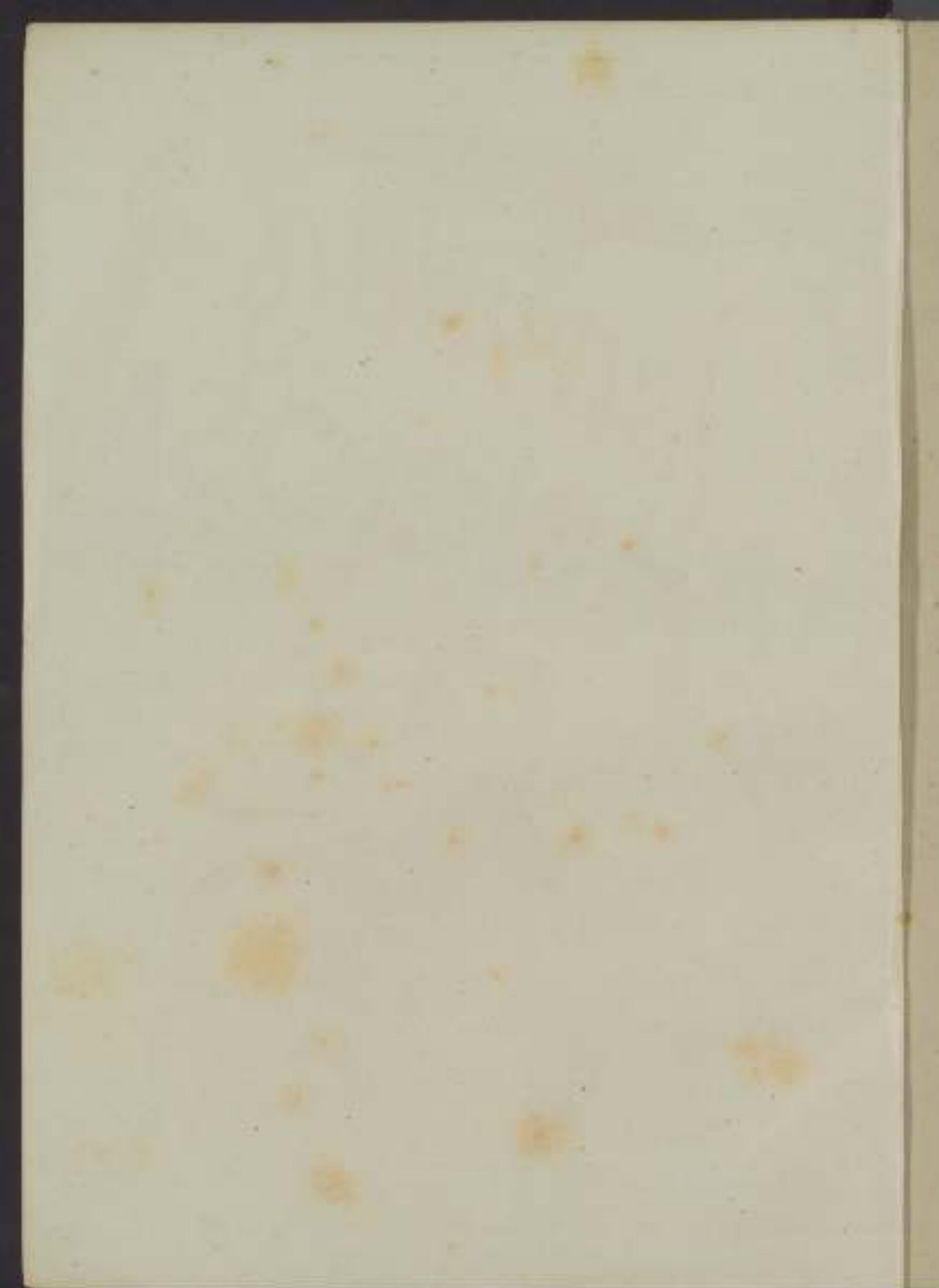
EDICIONES BIBLIOTECA FILMS.
SERIE ★ ALFA

Juventud AMBICIOSA

ENTRADA ALFAS

WILLIAM HOLDEN • SUSAN HAYWARD
EDDIE BRACKEN • ROBERT BENCHLEY
MARTA O'DRISCOLL • BARBARA BRITTON









Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO
Valencia, 334 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMON SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:
APARTADO DE CORREOS 787 - BARCELONA

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbado, 16, Nervión - Teléfonos, 4, Madrid

EDITORIAL



AÑO XIX

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

SERIE  ALFA

NUM. 84

NUM. 323

JUVENTUD AMBICIOSA

Los apuros de un grupo de ambiciosos jóvenes: tres muchachos y tres muchachas, que aspiran a la fama teatral... Inesperados incidentes... Traampas, sustos y carreras... Un dulce idilio amoroso a punto de ser frustrado... Otro idilio naciente, que se ve contenido por temor a un pacto... La enorme dificultad de triunfar, supuesta por una casera corta de ingenio; un empresario romántico y furioso; un padre severo; una amiga desleal, y la propia impericia de los actores. La sorpresa final del juvenil grupo, una sorpresa enorme. Seis actores desconocidos en las pantallas españolas. — La enérgica figura del director de los jóvenes la realiza **William Holden**, acompañado de **Eddie Bracken**, el característico, y de la bellísima y decidida **Susan Hayward**, hoy día una de las estrellas predilectas del público norteamericano.

ARTISTAS ASOCIADOS



UNA EXCLUSIVA



RAMBLA CATALUÑA, 60 Y 62 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Norman</i>	<i>William Holden</i>
<i>Jorge</i>	<i>Eddie Bracken</i>
<i>Kate</i>	<i>Susan Hayward</i>
<i>Señor Kenny</i>	<i>Robert Benchley</i>
<i>Dottie</i>	<i>Martha O'Driscoll</i>
<i>Marge</i>	<i>Barbara Britton</i>

Director

Edward H. Griffith

Novelización de

Juan Planas

JUVENTUD AMBICIOSA

RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

UNOS EXTRAÑOS INQUILINOS

A grandes joven de amplísimas espaldas, después de comprar el periódico de la noche, cruzó la mojada calzada y se detuvo ante el escaparate de una casa dedicada a la venta de muebles. En una cama, una joven, provista de una careta de cera, se contemplaba en un espejo de mano, actuaba como si fuera un muñeco movido por un aparato de relojería y se dejaba caer sobre las sábanas.

El joven tabaleó con los dedos en la luna del escaparate y la joven le hizo una rápida seña. Un transeúnte, al que chocó la conducta de ambos, se aproximó al joven y le dijo:

—¿Qué opina usted? ¿Es de cera o de verdad?—y a continuación

murmuró unas palabras en el oído del joven.

Inmediatamente, ésta se encaró con él y, de un tremendo directo de izquierda, le derribó contra la acera. El agredido se puso en pie y repelió el ataque. En un segundo fueron rodeados por la gente, un guardia intentó separarlos, cosa que no consiguió hasta que la joven de la cama salió a la calle y, quitándose la careta, gritó al joven:

—Tony, ¿qué haces? ¡Por favor, márchate!

—No tolero que insulten a mi esposa—rugió Tony.

—Después de este escándalo, me despedirán, ¿no lo comprendes?... Espérame en el bar.

Percatóse Tony de la razón que

la asistía y se escabulló sin ningún tropiezo. Poco más tarde, la joven se acercaba al mostrador en que Tony estaba apoyado con aire de pesadumbre.

—Tony, ¿te encuentras bien?

—Claro que sí... No es nada. Lo siento, Marge, es que ese tipo me dijo unas cosas...

—Me lo figuro. Lo detuvieron...

—¡Lo tiene bien merecido!

—Me han despedido—dijo Marge, tras una pausa—. No volveré a dormir en «Dulce reposo».

—¿Tengo yo la culpa?

—No. El jefe dice que yo he tenido la culpa de todo... Oye..., ¿y tú? ¿Has encontrado algo hoy?

—Nada, ni nunca lo encontraré —se desalentó Tony.

—Tony, no quiero que vuelvas a decir eso. Es una mala época para los negocios teatrales. Pero encontraremos algo... Ahora no nos hace falta un lugar donde comer y dormir...

—Pero no es nuestra casa...

—No, no lo es, pero... ¡Oh, Tony, yo quisiera!... Es muy triste estar casada y no poder decirlo.

—¡Cualquiera diría que es una inmundicia contraer matrimonio!

—Sí, pero todos habíamos prometido no enamorarnos nunca...

Prosiguieron considerando aquel aspecto sombrío de su ya más que

sombria situación, formulando la esperanza de que no sería eterno. Abrióse la puerta del bar, entró un muchacho rubio, vistiendo una reluciente gabardina oscura, y anduvo hasta ellos perexosamente, que le saludaron con afecto.

—¡Hola, Norman!

—Traigo grandes noticias... —anunció Norman—. ¿Recordáis aquel papel tan importante de «Amor de medianoche»?... No lo he conseguido.

Después de esto, abandonaron el bar, caminando cariacacontecidos por la calle. Norman encendió un cigarrillo, cuyo humo se desentrosó en la humedad de la noche, mientras que su fumador exclamaba irritado:

—Me gustaría que hubieseis visto al que le han dado el papel. Era el menos indicado de todos los que lo pretendían. Debe tener unos cuarenta años. No se dan cuenta de que al público le gusta que los papeles de joven los hagan los jóvenes.

—Cuando Kenny regrese tal vez sea todo muy diferente —suspiró Marge—. El cree en las caras nuevas.

—Las nuestras son de lo más nuevo—afirmó Tony.

Daba la casualidad de que el empresario mencionado vivía en la misma casa que ellos habitaban y

en la que entraron poco más tarde, indicando a Marge que cerrase la puerta con cuidado. Pero aquel era un mal día y la puerta chocó con violencia, atronando la escalera. Cuando los tres jóvenes se precipitaron hacia su habitación, la señora Garnet, su patrona, corrióles el paso.

—Buenas noches. Les estaba esperando. Si, por el alquiler, ya saben...

—Pues esto debe discentirlo con la señorita Coburn. Ya sabe usted que el piso es de ella—replicó Norman.

—Hay momentos en que yo misma no sé de quién es el piso. Todo esto es muy confuso.

—Confuso hasta para nosotros muchas veces, señora Garnet. ¡Ya sé lo que piensa usted!

—Pues... la última vez que hablé del alquiler, la señorita Coburn dijo que estaba esperando un cheque de su padre.

Norman y Tony cambiaron una mirada de inteligencia, invitándose mutuamente a dar una explicación. En vista de que Tony no se decidía, Norman, que en cierta manera era el jefe de la cuadrilla, bajó unos peldaños y se acercó a la señora Garnet con aire apenado, que hizo estremecer a Marge.

—Verá... ¡ocurrió algo horrible!

—¡Horrible! —repitió la patrona, que no era un lince.

—Sí, veré... el señor Coburn tuvo un accidente.

—¿De veras?—se asustó Marge, que fué puesta sobre aviso mediante una patada.

—Ocurrió que... cuando acudía a toda prisa a ver a su hermano agonizante, sufrió un choque tremendo y ella tuvo que enviarle dinero para que no fuera a la cárcel.

—Pues cumplió con su deber—se entusiasmó la patrona—. Se trataba de su padre.

—Ya sabíamos que usted lo comprendería así—declaró Tony.

Pero entonces se dieron cuenta de cuál era la puerta por donde ella había salido y, tranquilizados respecto al pago del alquiler, asediaron a la patrona a preguntas, puesto que aquella habitación correspondía en sentido vertical a la suya, es decir, que pertenecía al ansiado empresario.

—¿Cree usted que vendrá, señora Garnet?

—Si él no ha de venir... ¿qué estaba usted haciendo en su departamento?

La señora Garnet agitó su cabecita de pájaro en todas las direcciones, con cierta mirada de astucia, cuyo efecto desvirtuó a renglón seguido, diciendo:

—Lo estaba arreglando para el señor Kenny..., el empresario, ¿lo comprenden ustedes?

—Eso es lo que le preguntamos, señora Garnet—contestó Norman.

—Si el señor Kenny vendrá...

—La verdad, no lo sé. Me avisaron por teléfono que preparase la habitación... En fin, deseo que se restablezca pronto.

—¿Quién?—preguntaron los tres jóvenes al unísono.

—El hermano del señor Coburn.

Antes de cometer otro error, los tres actores prosiguieron su camino y penetraron en su departamento, ante cuyo hogar había un anciano moviendo las manos y haciendo viajes bastante alarmantes. Les saludó y ellos se sentaron en un diván, estudiándole con aspecto de crítica.

—Jorge siempre está ensayando nuevas caracterizaciones, pero nunca sabemos a quién interpreta—se burló Marge.

—Ahora se supone que soy un viejo.

—¿Cómo se supone?—se enfadó Norman—. ¿Eres un viejo? Vámonos a ver qué dice Stanislawsky sobre eso.

—Cogió un libro de una mesita y Marge, presintiendo una discusión, se levantó del diván y se escapó hacia una de las puertas, pre-

guntando si habían llegado las otras jóvenes. Norman encendió un cigarrillo, extruido de la cabeza de una lechuza disecada, exhaló el humo y preguntó a Jorge:

—Oye, viejo, ¿trajeron ya la ropa limpia?

—Todavía no, pero espero que la traigan de un momento a otro.

Norman se quitó la gabardina. Por toda indumentaria llevaba los pantalones y una camiseta. Se miró con aire de lástima y exclamó:

—Necesito una camisa. Si ando por las calles con tan poca ropa, pescaré un constipado.

—¿Hay correo?—indagó Tony.

Había carta para Tony y, mientras los otros hacían esbaldas sobre su origen, desgarró el sobre, leyendo pensativo el contenido. Jorge había ido aquel mismo día al reconocimiento médico militar y se lo estaba explicando a Norman, cuando Tony, cuya carta era de procedencia oficial, les suplicó que no dijeran nada a las chicas acerca de ella, logrado lo cual entró en el cuarto de baño, poniendo un letrero para avisar su presencia en él.

—¿No te parece un poco rara su actitud?—preguntó Norman a Jorge cuando estuvieron a solas.

—Hace tiempo que está muy raro. ¿Sabes lo que pienso?... Creo que está enamorado... en la luna.

—¡Bah! No digas majaderías. Hicimos una promesa, ¿no?

—¿V eso qué importa?

Norman se puso a dar valses por la estancia, con tanta violencia, que los muebles peligraban. De repente, se detuvo frente a Jorge y le increpó:

—Si se atreviese a hacer una tontería así, le rompería la cabeza, te lo aseguro... ¡Le rompería la cabeza!

El señor Kenny y Phillips, su mayordomo, subieron la escalera tan silenciosos como unas plumas arrastradas por el viento. En realidad, el símil no resultaba muy exacto, porque transportaban enormes paquetes de vituallas. La señora Garnet les sorprendió durante su tácita progresión a su departamento y Kenny se hizo cruces de la contrariedad significada por ello. Así es que, deseando grabar en su memoria la conveniencia de no descubrir su llegada a nadie, dijo suavemente:

—Escúcheme, palemita blanca, no le diga a nadie que me ha visto aquí esta noche, ¿comprende?... Cuando vengo aquí, vengo de estricto incógnito. Le suplico que no lo olvide.

—Esta es una casa respetable, señor Kenny. Tengo el deber de recordárselo. No crea usted que puede venir aquí y hacer lo que le plazca, ¿sabe usted?

—¿Se figura que después de quince años de conversación con usted no conozco sus costumbres todavía?

—Sí, le ha sobrado tiempo, ¿no cree?—se amoscó la señora Garnet.

—¡Sí, exacto!

Cuando Norman regresó a la habitación, encontró a Jorge sentado en el diván, con un libro entre las manos y el aspecto de estar luchando con un problema intelectual demasiado abstracto para su juvenil mente. Así, pues, en cuanto vio aparecer a Norman, le acogió con el mismo entusiasmo con que solía recibirseles siempre, dado su carácter de director de escena, jefe natural y por propia elección, etc.

—Oye, Norman. He estado leyendo el libro de Stanislawsky, como me dijiste, pero no acabo de entenderlo. Me parece el fruto de una mente acalorada.

El autor mencionado era el ídolo de Norman y éste se apresuró a replicar:

—Escucha, Stanislawsky es la

autoridad más grande que ha existido en materia de teatro. Tiene talento. Dice sencillamente esto: «No pretendas representar un personaje; procura serlo, ¡vívelo! Piensa únicamente que...»

—Sí, sí, es cierto; pero es que a veces dice unas cosas muy raras, sí como...—dijo, hojeando el libro—: «Supón que eres una manzana que cuelga de un árbol...» ¿Cómo puede...?

—No, Jorge, no: nada de suponer. Debes *ser* una manzana que cuelga de un árbol. Debes serlo. Vívelo y siéntelo dentro de ti. Debes sentir germinar las semillas en tu interior. Sentir cómo el sol quema lentamente tu piel y deja grabada en ella un color rojo maravilloso.

Jorge, fingiendo o no, fué demostrando que comprendía perfectamente toda su metamorfosis en manzana. Pero, finalmente, deteniéndose en su mímica, indagó:

—¡Oh, sí!... ¿Y qué bago cuando esté maduro del todo?

—¿Qué haces?... ¿Para te caes al suelo y plum!...

Jorge no se mostró muy dispuesto a realizar esta última parte de la prueba, lo que sulfuró a Norman, lo cual, visto por su amigo, le decidió a ensayar aquel sistema. Subióse a la repisa de la chimenea y de allí pasó a una amplia ventana circular, que había encima, tendiéndose en ella y asiéndose de unos barrotes, con la tenacidad de una manzana incipiente.

UN ENSAYO ORIGINAL

DESAPARECIÓ Norman y Jorge se entregó de lleno a su tarea de sugestión. Hubo un gran silencio y transcurrieron varios minutos. Inesperadamente, una joven franqueó la entrada del departamento de los actores y empezó a caminar vacilante por él, en busca de una persona que la orientase en su extravío.

Era una jovencita delgaducha, de ojos pequeños y expresión entre puritana e inquisitorial, como al acecho de los pecados del prójimo. Llegado que hubo a la chimenea, el fruto exhaló un gemido, poniéndose la mano sobre el corazón, que hizo levantar la cabeza de la intrusa. Sobresaltada ésta, retrocedió unos pasos, diciendo:

—Yo soy Muriel Foster... ¿Qué hace usted ahí arriba?

—Siento las semillas en el corazón...—siseó Jorge—. Dos..., creo que son dos..., dos hermosas y delicadas semillas.

—Dígame, ¿Dottie Coburn vive aquí?

—¿Nota usted franjas encarnadas en mi cara?...—se preocupó Jorge.

—Ya le he dicho que soy Muriel Foster. Fuí compañera de colegio de Dottie y quisiera verla...

Pero Jorge sintió que una tremenda avispa clavaba su aguijón en su cuerpo y lanzó un gruñido, en que se mezclaban la satisfacción y el dolor. Los reparos de Muriel

crecieron y se batió en retirada hacia la puerta, balbuceando:

—Bueno... Sin duda me he equivocado de piso, «señor manzanas»... Pero creo que es esta dirección...

La suspicaz Muriel vió cortado su progreso hacia la puerta por un alud humano compuesto por Tony y Norman, que, en mangas de camisa y con un enorme cuchillo empuñado, se pusieron a ensayar una melodramática y difícil escena del segundo acto, sin reparar en ella, cuya vida, por estar entre el arma de los actores, corrió un serio peligro.

Ni Muriel podía hablar ni los artistas ensayar. El pandemonium crecía y la aparición de la señora Garnet con un gran paquete contribuyó a que adoptara proporciones alarmantes.

—Dispensen... ¿Está la señorita Coburn en casa?

—No sé nada. No la vi salir—replicó irritado Norman.

—Es su ropa. Yo pagué a la lavandera. Es un dólar ochenta y tres.

—Habla de una vez—instó Norman a Tony, siempre ensayando.

—¡He dicho que es un dólar ochenta y tres!—chilló la patrona.

—Por favor, señora Garnet... Estamos ensayando algunas escenas.

—¿Ah, sí?... Pues lo siento mu-

cho... ¡Qué cosa más rara!—exclamó la buena mujer—. Había nueve camisas de hombre y seis pares de pijamas...

Tony y Norman, cuya sobriedad en materia de indumentaria ya había extrañado a Muriel, haciendo que su ceño se frunciera, se olvidaron de sus papeles y deshicieron el paquete de ropa en un santiamén, declarándose satisfechísimos de poder aumentar su vestuario.

Pero la señora Garnet compartía los resquemores de Muriel. Era una mujer chapada a la antigua y había ciertas cosas inexplicables en su criterio. Así que, dignamente, anunció:

—Cuando la señorita Coburn tomó este departamento dijo que tal vez sus amigas vendrían a visitarla de vez en cuando, pero... ¡Caramba! ¡Nueve camisas de hombre!

—Yo hablaré a la señorita Coburn en cuanto venga—prometió Norman.

—Se lo agradeceré mucho... El hombre que ha traído la ropa es muy gracioso. Suponía que toda era mía... ¡Imagínese!

—¡No puedo!—contestó gravemente Norman.

Despidieron de la mejor manera posible a la patrona y se repartieron las prendas. Muriel andaba por

J U V E N T U D A M B I C I O S A

allí con cara de pocos amigos, como si estuviera en un antro de per-versión.

—¡Ya estoy maduro! — aulló Jorge.

Resbaló de la ventana, tropezó contra la repisa de la chimenea y chocó contra el santo suelo, en donde se quedó inmóvil. Norman pidió agua. Muriel fue en busca de ella y Tony reanimó al accidentado, que se incorporó trabajosamente, gimiendo:

—¡Ay!... ¡A ti y a ese Stanislawsky...!

Pero no llegó más allá en sus quejas, porque Muriel reapareció

corriendo y le arrojó el vaso de agua, poniéndole en un estado rayano al frenesí. No habían tenido tiempo de reponerse de tantas sorpresas, cuando Marge penetró en el departamento desalada y voceando como si la persiguieran.

—¿Tienes trabajo? — dijo Norman.

—No. ¡Es algo mucho mejor!

—¿Traes comida?

Finalmente, en cuanto se decidió a romper la expectación creada, ocurrió algo semejante al estallido de una bomba. ¡Kenny había regresado, porque había luz en su departamento!

UNA JOVEN DECIDIDA

Cuando, ha vuelto Kenny!—gritó Tony con toda la fuerza de sus pulmones.

Dottie y Kate, dos hermosas jóvenes, brotaron de su habitación y se incorporaron al grupo que se precipitó en dirección de la patea. Norman y Jorge levantaron la pesa, poniendo de manifiesto un agujero a través del cual podían observar parte del departamento del empresario. Los demás se amontonaron sin compasión sobre sus cuerpos, espionando las reacciones de su rostro. Norman cedió su sitio a Jorge.

—No lo veo, pero lo huelo—respondió éste a una pregunta.

—¿A qué huelo un productor?

—¿Ves a alguien?

—No... No se ve nada. Ha apagado la luz.

O sea, que se había marchado. ¿Había sido una ilusión óptica, producto de sus estómagos hambrientos? Entonces, Muriel, que había recobrado el habla, dejó oír su voz:

—¿Qué estáis mirando?

Los actores volvieron en sí, se pusieron en pie y la rodearon contemplándola con la misma extrañeza que si se tratara de un caballo con seis patas, una herencia o el empresario.

—¿Quién es ésta? —preguntó Kate.

—Eso quisiera saber—respondió Norman.

—¿Hace mucho rato que anda

por ahí y no nos habíamos dado cuenta!—reparó Jorge.

La hostilidad hacia la supuesta espía aumentó y ésta se mordió los labios temerosa, acercándose a su antigua compañera de colegio, que parecía divertirse con la nueva distracción.

—Dottie Coburn, ¿no me reconoces?

—¡Oh, eres tú!—dijo afablemente la aludida—. ¡Cuánto me alegro de verte! ¿Conoces a estos amigos míos?

Pero Muriel no participaba del entusiasmo de la dulce y linda Dottie.

—¡No conozco a nadie!

—Muriel, todos estos amigos viven aquí.

Al escuchar esa alegre afirmación de Dottie, destinada a darle una idea de lo risueña que podía ser la vida, toda la bilis acumulada detrás de su fealdad y de su desprecio por las cosas que no estaban a su alcance, salió a flor de labios.

—¿Cómo?... ¿Todos juntos?... ¿En un solo departamento?

—¿Por qué no?—inquirió Norman.

—Pues no creo que eso esté bien.

—Me figuro lo que estás pensando y eso tampoco es justo—advirtió Kate, que en punto a belicosidad era par de Norman.

—Pero ¿qué va a decir la gente?

—Mi querida señorita, ¿qué tiene de particular si de anormal que tres chicos y tres chicas vivan en el mismo piso?—dijo Norman—. Vivimos aquí todos sencillamente por razones económicas... Únicamente por eso, ¿entiende?

Los restantes actores, que conulgaban con esta apreciación de Norman, cerraron un círculo en torno de la intrusa, el cual avanzó amenazador hasta que la tuvo apoyada en el respaldo del diván, confesando:

—No, si yo no he pensado nada, nada de eso...

Mas ninguno creyó que decía la verdad y algunos puños se cerraron.

—Nos está usted ofendiendo—exclamó Norman con majestuosidad.

Muriel, cobrando ánimos, proporcionados por lo falso de su posición y, al mismo tiempo por la idea de que, tarde o temprano, recibiría la ventaja, se encaró con Dottie.

—Si tu padre llegara a enterarse de esto...

—Si se enterase, ¿qué?—desafió Dottie, que no gozaba de mucha agilidad mental.

—Si lo supiera es posible que no le gustara.

Los restantes inquilinos comprendieron el fracaso que podría resultar para su vida si lo que de-

nunciaba el aspecto determinado de Muriel se ponía en práctica. Estrecharon su línea y la acesaron nuevamente. Muriel cayó en el diván, con las piernas pasadas sobre el repaldó, sin saber a qué santo encomendarse.

—Pero no lo sabré, ¿verdad, señorita? —insinuó entre dientes Kate.

—¿Qué dice a eso, señorita? —dijo Jorge, mostrando el enorme cuchillo de los ensayos.

—Eso no es cuenta mía, pero si llegara a saberlo... —sollozó Muriel—, le parecerá detestable...

—No lo creas, Muriel... ¡es divertido! —confesó Dottie.

—No lo creo —se obstinó la traidora.

Sintieron apurada su paciencia y, tras intentar inyectar en su espíritu un saludable miedo, mandaron a Dottie que la despidiera. Dottie probó de convencerla con escaso resultado de que guardara el silencio. Una vez en la escalera, Muriel se arregló el vestido y exclamó:

—No veo la necesidad de tener que vivir con tres hombres para llegar a ser actriz.

—Pero si no vivo con tres hombres, Muriel. Los otros dos son Tony y Jorge...

—¡Ah! ¿son dos? —se burló Muriel, que se había percatado de

lo que el error de su amiga significaba.

—Si no viviéramos juntos, Norman tendría que volver a su pueblo a seguir la carrera de dentista porque no tiene dinero... —y agregó dulcemente—: No sé por qué te portas así, Muriel.

—¡Bien! Es un recibimiento muy interesante... Pues yo tengo una interesante sorpresa para ti, ¿lo oyes?

—¿De veras, Muriel? —se ilusionó Dottie—. ¿Qué es?

—¡Adivínalo!

La visita de Muriel, su sibilina frase última, el hambre de sus estómagos, la imposibilidad de hallar trabajo y la ausencia obstinada de Kenny, llenaron de zozoba a los actores durante los días siguientes.

Peró una noche, Dottie, al regresar a su casa, se encontró en la escalera al empresario vestido de cocinero y, tras cambiar un saludo, que puso en fuga a Kenny, ella voló escaleras arriba, penetrando en su departamento hecha un ciclón.

—¡He visto abajo al señor Kenny! ¡Acabo de verle en este instante!

—¡Cálmate un poco! —aconsejó Norman—. ¿Estás segura?

—Si quieres convencerte, míralo. En un periquete todos se echaron

de brucea al pie de la polca, cuya pesa fué alzada. Columbraron a través del orificio hasta que el empresario tuvo a bien pasar por debajo de él.

—¿Lo ves?... Lleva un gorro.

—Veo la cabeza —confirmó Jorge—. Está andando.

—¡Qué flo! —despreció Tony—. ¿Por qué llevará ese gorro de cocinero?

—¡Míralo! Viene hacia aquí. Fíjate, podría escupir en su cabeza —informó Jorge.

—No, Jorge, no lo hagas —rogó Marge.

—No soy capaz de gastar una broma semejante a un autor —la tranquilizó.

—¿Y pensar que éste puede ser nuestro empresario? —suspiró Kate.

Se incorporaron después de este comentario de Kate, soltando la pesa sin ningún disimulo. Los seis jóvenes se miraron entristecidos, pensando que su única esperanza estaba a escasos metros de ellos, pero ¡tan inalcanzable como la misma luna.

—No podemos ver a un empresario más que por un agujero —dijo Tony.

—Bien. El caso es que está aquí.

Hemos de hablarle —gritó Norman.

Inmediatamente giró sobre sus talones y se arrojó hacia la puerta, dispuesto a todo con tal de lograr su propósito. Pero Tony, que conocía perfectamente el audaz temperamento de su amigo, se apresuró a contenerla, agarrándole de un brazo y haciendo un llamamiento a su sensatez, cosa que Norman agradeció inmediatamente.

—Sí... que vaya una chica. Es cosa de mujeres.

Tenía razón, pues una mujer tiene sus ventajas. Sin embargo, fué bastante arduo decidirse por una o por otra. Tony, por los motivos que son de suponer, se opuso a que Marge fuera elegida. Jorge hizo lo mismo con Dottie, ya que no le merecía mucho respecto su capacidad intelectual. Eliminadas las dos anteriores, únicamente quedaba Kate.

—Está bien. Iré yo —se ofreció encantada.

—¿Has pensado lo que vas a decirle? —investigó Dottie.

—Me pondré uno de los vestidos de la obra «La mujer de nadios». Es una obra estupenda, ¿la recordáis?

—Sí, fué nuestro mayor fracaso. ¡Nunca lo olvidaré! —se estremeció Jorge.

EL SEÑOR KENNY, COCINERO

Quizá fuera de mal agüero emplearlo en aquella ocasión, pero fué el caso que Kate, elegantemente vestida y más hermosa que nunca, logró penetrar en la cocina, en donde Kenny, pergeñado de cocinero, atendía a sus guisos. Y la buena suerte continuó, pues, si el autor se sorprendió, no mostró desagrado, limitándose a preguntar:

—¿Cómo ha entrado usted aquí?

—Por la puerta... Siempre entro por la puerta.

—Váyase. Estoy ocupado con la «bouillabaise».

—Es el título de un canción —cantó Kate—. «Estoy ocupado con la «bouillabaise».

—Ya se ha escrito una canción sobre la «bouillabaise» —afirmó Ken-

ny mirándola interesado—. Thackeray la escribió.

Y mientras sus amigos seguían la conversación a través del agujero con el alma en un hilo, Kenny, sin cesar de agitar una pasta con una cuchara de palo, contemplando, entretanto, intrigado a la hermosa desconocida.

—Es usted muy bonita, ¿lo sabe?... ¿A qué ha venido aquí?

—Queremos ser actores... mejor dicho, somos actores.

—¿Y por qué se dirige a mí?

—Porque es usted el señor Kenny.

—¿Yo?... ¡Oh, no! Soy su cocinero.

—¿Pero no puede usted hablarle de mí? —dijo ingenuamente—. Si no le da miedo hacerlo...

Kenny, viendo que la farza medraba, se encogió de hombros, rióse y se preparó a llevarla más adelante. Detuvo, pues, los giros que imprimía a la cuchara, y dijo:

—No, no me da miedo hablarle. Además, él siempre acepta mis consejos. ¿Qué cualidades tiene usted para ser actriz?

—Los dientes, por ejemplo—contestó Kate, enseñándole su perfecta dentadura—. La dentadura más hermosa de América, dijo el juez en el concurso.

—Gracias a ella quiere ingresar en el teatro, ¿eh?

—Y, además, soy la mujer más sana de mi pueblo.

—¿De dónde es usted? —se interesó definitivamente Kenny.

—De Iowa. Fué la reina del trigo allí.

Aquella charla agradaba tanto al empresario como la juventud y hermosura, rodeada de enérgica actividad, que se emanaban de Kate. Se separó de la mesa y se encaminó a la cocina de gas, echando la salsa en la cacerola que hervía expuesta al fuego. Kate le siguió hasta allí, mientras él decía:

—Podría ser muy útil. ¿Ha dicho usted sana?... Sí, puede interesarme..., digo, puede interesarle.

—¿Qué clase de hombre es?

—Es un hombre de carácter sen-

timental y muy sencillo. Aquí vivió cuando era pobre. En este departamento escribió también su primera comedia. Una obra deliciosa...

—¿Tuvo éxito?

—No tuvo ocasión de saberlo. Vino a su casa una noche y se encontró con la puerta cerrada.

Kate contempló con curiosidad a aquel cocinero que estaba tan al corriente de los recuadros de su amo y que simpatizaban tanto con ellos, que sus ojos parecían empañarse románticamente de lágrimas.

—¿La señora Garnet? —supuso Kate.

—¿La conoce?

—La conozco.

—Bien. El manuscrito estaba en la maleta y la maleta estaba en la habitación. Y, cuando volvió con el dinero, todo había desaparecido... ¡Fué un golpe terrible!... Como si hubiera perdido un hijo...

—¿Y no lo encontró? —le animó Kate, al ver que hacía una pausa para dominar su amargura.

—Usted ya conoce a la señora Garnet —fulminó Kenny—. Creía haber vendido la maleta, aunque no estaba muy segura... Y por eso el señor Kenny sigue viniendo aquí, de vez en cuando, para aislarse de todo el mundo... y con la esperanza de que algún día la señora Gar-

net logre recordar lo que hizo con su equipaje.

—¡Eso sí que es tener esperanza!

—Pero al menos tengo... tiene ocasión de cocinar. Eso le gusta mucho.

Dió por terminadas las confidencias, recogió un cucharón de encima de la mesa, destapó la cacerola, cuyo vaho enardeció el estómago hambriento de la joven, que no despegaba sus ojos de sobre él durante estas manipulaciones, y dijo con una sonrisa de delicia:

—Vamos a ver qué tal está.

Hundió el cucharón en la «bouillabaisse» y saboreó un poquito del manjar, hecho lo cual hizo una mueca de espanto, que casi aterrorizó a Kate, aunque no comprendía cómo algo comestible pudiera causar un efecto tan desastroso.

—¿No le gusta?

—No, no...

Entonces, Kenny cogió con grandes precauciones el ardiente puchero y lo trasladó a la fregadera, Kate, que le había perseguido llena de curiosidad a causa de lo que creía alguna nueva operación culinaria, vió cómo lo destapaba y derramaba dando suela al grifo.

Toda su hambre y la penuria que venía soportando desde hacía meses, se rebelaron ante aquel acto de egoísmo, vandálico y sus prime-

ras palabras se atropellaron en la boca:

—¡Oiga!... ¡Un momento!...

¿Pero tira usted toda esa comida?

—¡Claro! —respondió Kenny parpadeando—. No es de mi agrado.

—¡Es usted un salvaje! Debería pasar hambre... viejo harrigón.

—¿Qué me ha llamado?

—¡Viejo harrigón! Merecería que lo supiera el señor Kenny. Ya se lo diré al señor Kenny. El no sería capaz de tirar esa enorme cantidad de comida, de quitarle el alimento de la boca a tanta gente.

—A nadie le he quitado el alimento de la boca, joven —protestó él—. ¡Apártese de mí vista!

—¡Y pensar que mis compañeros están arriba sin tener apenas qué comer!... ¡Bandido! ¡Viejo harrigón!

El brusco final de la entrevista produjo la caída de la pesa de la polea sobre la mano de Jorge, a quien sus compañeros instaron a que siguiera mirando, pero Kate, regresando apresuradamente, no le dió lugar a ello. Todos volaron a su encuentro.

—¿Qué te ha dicho, Kate?...

¿Nos recibirá?

—No era él, era su cocinero. Y no habló más que de su cocina. No sabía nada más.

Sonaron unos golpes en la puer-

ta, que despertaron la usual cautela de los insolventes inquilinos. Norman, poniéndose un dedo sobre los labios, dió la voz de alarma:

— ¡Chist!... Debe ser la señora Garnet que viene a por el alquiler.

Estuviéronse, pues, quedos... Pero no era la señora Garnet, era la propia fortuna la que llamaba a su puerta, bajo la apariencia del empresario. Cansado éste de golpear, regresó a su departamento y, mientras lo hacía, encontró a la casera.

— ¿Podría usted prestarme un poco de canela, señora Garnet? Acabo de idear un plato excelente y necesito canela.

— No acostumbro a utilizarla.

— No, ya supongo que no la utilizará... He llamado ahí al lado, pero no debe haber nadie... Gracias.

Y volvió a su domicilio sin saber la enormidad de esperanzas que su escasa paciencia o su desconocimiento había asesinado aquella noche.

LOS APUROS DE UNOS ACTORES

LAS cosas no mejoraron en los días siguientes, antes bien tomaron cierto cariz de gravedad, que tensó como cuerdas de violín los nervios de los desgraciados actores. Una mañana, después de lo que un irreverente optimista llamaría una comida, cada cual mató el tiempo como mejor supo, ensayando, unos, sus papeles favoritos; otros, fumando y algunos, leyendo.

A eso se dedicaba Dottie, cuando sus amigos se percataron de que lloraba a lágrima viva, lo que atrajo la atención obre ella.

—¿Qué estás leyendo?

—Cartas de casa —respondió.

—Pero, ¿por qué estás llorando? —preguntó Norman, que es-

taba sentado en el diván delante de ella.

—La vecina de enfrente ha comprado otro niño. Les sucede con frecuencia.

Este hecho tan trivial sirvió para despertar la indignación olímpica de Norman que, cruzándose de brazos siniestramente, estalló:

—Muy inteligente... ¡Es un deber aumentar la raza humana!

—Norman, no digas esas cosas...

—terció Marge, muy conturbada.

—Lo digo en serio —chilló Norman—. Eso es lo malo del mundo. ¡Hay demasiada gente en todas partes!

Marge, con un súbito arrebató, se puso en pie y abandonó la estancia sollozando y con un pañuelo apre-

tado contra la boca. Los cuatro jóvenes la observaron sin decir nada, pero muy sorprendidos por aquella reacción que estaba en pugna con la dócil naturaleza de Marge.

Pero, pasados unos segundos, incluso Dattie sintió un ardor belicoso en su interior hasta el extremo de ser capaz de objetar a Norman:

—La gente puede servirnos para algo muchas veces. Supón que el señor Kenny no existiera y nadie invirtiera dinero en el teatro...

—Está bien —se irritó Norman—. Vamos a suponerlo.

—Obsevo que estás muy decepcionado desde hace varios días, Norman —le aplacó Dottie.

—Tengo hambre y siempre decepciona tener hambre, ¿comprendes?

Tan agresiva fué esta contestación y con tal ademán la apoyó Jorge, que Kate intervino.

—Norman, Jorge, no se qué estáis discutiendo, pero si no fuese por Dottie no tendríamos casa ni comida.

Se alejó, llevando en pos a Jorge. La réplica de Kate, en lugar de apaciguar a Norman, a quien la inactividad hastiaba, le disparó nuevamente contra su bienhechora, que le observaba llena de admiración y mansedumbre.

—¿Lo has oído? Todos saben que tú lo pagas todo.

—Pero no te enfades conmigo, Norman. Dejaré de pagar si quieres.

—¿Qué? ¿Y dejar que cuatro inocentes personas se mueran de hambre, además de nosotros?

—Es que yo no quiero hacer nada que pueda disgustarte, Norman.

El muchacho, que había ido hasta la chimenea a buscar un cigarrillo en su curiosa pitillera, se volvió al oír esta frase completamente arrepentido de todos sus exabruptos y decidido a abrirle su corazón, pero sólo parcialmente, porque era de esos hombres obstinados que se niegan a reconocer la verdad, cuando ésta contraría lo que creen sus principios.

—No es que me enfade contigo. ¿No ves que me estoy recriminando a mí mismo? ¿No ves que no puedo hacer nada por ti? ¿Crees que no comprendo que no está bien que seas tú la que pagues nuestra comida, las facturas?... ¿tú, una mujer?

—No quiero que digas eso, Norman. Soy más feliz que ninguna otra mujer en el mundo. Quiero estar contigo..., es decir, con vosotros.

—Sí, pero..., desde luego, esto es

distinto que vivir en casa de tu padre...

—Sí que lo es... Por eso siento tanto temor al pensar que mi padre llegue a enterarse. Quizá no le agradaría. Es muy anticuado y muy rígido. Piensa siempre lo que dirá la gente. Un hombre en esas condiciones, no es capaz de comprender tu vocación y que no quieras acabar la carrera de dentista.

Norman se estrechó de pies a cabeza, tapándose los oídos.

—Por favor, no digas eso, ¿quieres?

—Dispensa—se excusó Dottie—. Es que hay personas que ni siquiera conciben lo que para otros representa la vida, y mi padre quería probablemente que acabaras la carrera de... —destruyó la palabra prohibida—. Sería una carrera muy buena, por ejemplo.

—Oye, ¿has mirado alguna vez la boca de alguien? Mira la mía.

Ella hizo sentarse en un sillón, acercó su boca a los ojos de ella y la abrió de par en par. Dottie obedeció, sin experimentar el disgusto de Norman. Al contrario, sus ojos se llenaron de una luz suave.

—Dí, ¿te agradaría pasar el resto de tu vida mirando esto?

—No me importaría... Depende de quien fuese la boca.

Callaron unos momentos y ha-

blaron luego de sus esperanzas en el regreso de Kenny, a quien parecía que la tierra se le había tragado.

—Hace semanas que no viene.

—Pero puede venir de un momento a otro, cuando menos lo pensemos —le contestó Dottie.

—Si podemos esperar... declaró él sombrío—. Si lo conseguimos se deberá a ti únicamente. Y como estoy seguro de que seré un éxito, lo primero que haga será...

—Se interrumpió, pues inconscientemente había puesto las manos en los hombros de la joven, que se hallaba perfectamente seca, lo cual estaba en contradicción con sus escargados principios. Dottie, al notar que se detiene, le mimó:

—¿Qué, Norman?

—Te convidaré a comer todo lo que quieras —sonrió con un esfuerzo.

Marge y Jorge, sobre quienes recaían la mayor parte de los quehaceres domésticos, estaban en la cocina. Ella fregaba los platos y se los pasaba al muchacho, que los secaba con escaso entusiasmo. Marge dejó de lavar y, después de una indicación higiénica, le espetó:

—Supongo que no sabes nada de Tony, ¿verdad?

—Anda por ahí, buscando trabajo. Es lo que él dijo, ¿no es cierto?

—Sí, pero no comprendo por qué va a Nueva York en busca de contrato. Creeré que...

—Supongo que, como siempre ha hecho comedias en esa ciudad, ha creído que allí podría encontrar trabajo con más facilidad que en otra parte.

—Ya lo sé —contestó Marge, remuoviendo su tarra—. Pero me parece extraño que tarde tanto.

—A lo mejor ha encontrado algo bueno, algo que vale la pena —supuso Jorge—. Además, por mi parte no echo de menos a Toni tanto como tú, porque él no friega los platos.

La inocente broma del muchacho hirió a Marge como si hubiera insultado a su amado esposo. Se enrojeció, pues, diciéndole en tono tenso:

—¿No te parece capaz de hacerlo tan bien como tú?

—Bueno, dejemos este asunto —concilió Jorge—. No está aquí. ¿Qué podemos hacer? ¿Vamos a morirnos todos de pena?

—(Es preciso que yo vea a Tony!)

—¿Por qué? —quiso saber Jorge.

—¡Porque sí!

Y Marge, salida de sus casillas de una manera misteriosa, rompió un plato y abandonó la cocina. No obstante, no tuvo ocasión de refre-

nar el disgusto que le producía la ausencia de su marido, porque, apenas había cruzado la sala principal, sonó el teléfono situado sobre la cómoda y todos corrieron hacia él, con la ilusión de que iban a ofrecerles trabajo. Púsose al habla Norman, espoleado por la impaciencia de sus compañeros.

—¡Diga!... Sí, diga usted. Sí, sí, aquí vive la señorita Coburn... ¿Quién es usted? ¿Quién? ¿El señor Coburn? —Norman palideció de una manera espantosa y balbució—: ¿Usted es el padre? ¿Quién soy yo?... Yo... soy Norman. Sí, soy Norman. ¡Sí señor, naturalmente! Yo soy el encargado de la portería... He subido a arreglar los radiadores del piso, que no funcionan bien... Sí, ahora se pondrá su hija al aparato. En seguida iré a llamarla, señor Coburn... No es ninguna molestia, hablaré con ella en seguida... Sí, está bien, señor...

Todos temblaban como unos atagados. La única que expresaba una delicia inefable era la inocente Dottie, que, como de costumbre, aceptaba las cosas al pie de la letra, de manera que Norman y sus amigos le advirtieron que fuera prudente durante la conversación.

—¿Qué tal estás, chato?... ¿Que quién es el hombre que está en mi casa? ¡Oh, pues, Norman, el

que contestó al teléfono!... ¿Norman? Pues...

—Dile que soy el portero —surró Norman.

—Dice que es el portero... No seas tonto, claro que no... ¿Cómo? No digas tonterías. ¿Por qué no vienes y te convencerás?

—Dile que venga andando, que es un buen ejercicio —aconsejó Jorge.

Así lo hizo, se despidió cariñosamente de su padre y se encaró con sus consternados amigos, que parecían una colección de lebreles a punto de escapar campo adelante. Su anormal asociación había sido descubierta y no había padre en el mundo que creyera sus buenas intenciones.

—Oye, ¿te ha dicho que pensa-

ba que había algún hombre aquí? —interrogó Norman.

—Sí. ¿Cómo lo habrá sabido? —respondió perpleja.

—¡Nos delató! —aulló Norman.

—¡Esa Muriel! —gritó Marge.

—Debía haberla matado... —se arrepintió Jorge.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —quiso saber Kate prácticamente.

Norman se apoderó de un brazo de Jorge y le empujó hacia la cómoda y los armarios, ordenándole:

—Jorge, nosotros tenemos que irnos de aquí.

—Sí, vamos a empaquetar las cosas.

Marge se hizo cargo de la absorta Dottie, que casi hacía pucheros.

—Anda tú a vestirme, que nosotros arreglaremos esto.

LA MARCHA FRUSTRADA

Los muchachos sacaron sus maletas y el gran baúl de su pertenencia, llenándolos apresuradamente y de una manera desordenada con las ropas que las jóvenes les traían. Los zapatos se encontraron en la cocina, un abrigo en el cesto del pan. A medida que transcurrían los minutos, la excitación se incrementaba, sobre todo en lo referente a Norman y Jorge, que gracias a Kate y a Marge, no se olvidaron de nada.

Abrumados por el peso de las maletas y del baúl trotaron hacia la puerta escoltados por sus amigas, a quienes prodigaban las recomendaciones más absurdas y fuera de lugar. Ya con la mano en la cerradura de la entrada, súbitamen-

te sus pies echaron raíces en el suelo al escuchar unos golpes.

—¿Será ese? — casi agonizó Marge.

—No puede ser.

Escondieron el equipaje como su ingenio les dio a entender y Norman entregó unos instrumentos a Jorge, mandándole que cantara y golpeara sin temor a los radiadores de la calefacción. Gracias al sombrero hongo y a su desordenado aspecto, Norman podía pasar por capataz de un grupo de operarios; en cuanto a Jorge estaba decidido a realizar su mejor caracterización, cantando a grito pelado.

Pero era la señora Garnet la que entró. Se extasió ante la canción de los muchachos que saltaron hacia ella como leones enfurecidos,

sin agradecer las alabanzas de la buena, pero inoportuna, mujer.

—He venido por el alquiler. Quiero ver a la señorita Coburn.

—Será más tarde... ¡ahora no!—gimió Kate, que empezaba a perder la sangre fría.

—¿No está en casa tal vez?—se interesó la patrona.

Estaban sobre ascuas. La llegada del padre de Dottie era inminente, pero no cabía despedir a la patrona a cajas destempladas, primero en vistas del alquiler, segundo para que no barrantase que había algo anormal en el ambiente del departamento.

—Le diré a usted—comenzó Norman, con cara compungida—. La pobre muchacha está un poco contristada por... por su padre, ¿comprende? Sí, el accidente.

—¡Ah, sí!

—Para ella ha sido terrible—agregó Marge.

—Sí, claro...—se arrojó la señora Garnet—ya sé lo que necesita. Sales.

Antes de que regresara con las sales, Norman y Jorge pusieron en acción el plan ideado por Kate, consistente en que subirían al piso de arriba hasta que el señor Coburn hubiera entrado y luego se escabullirían a la calle. Una vez hubieron

desaparecido, los jóvenes empezaron a respirar. Pero Dottie había tenido la ocurrencia de vestirse de vampiresa, tan escandalosamente llamativa, que era de suponer que su padre, ya que no por los hombres, se enfadara con aquella muestra de descoco.

—Dottie, por favor, cámbiate de vestido y procura que tu padre se vaya cuanto antes.

—Y no le digas cómo nos arreglamos para vivir—añadió Kate.

—Pero... ¡yo quiero que se quede aquí!

—No, que se vaya.

Desgraciadamente, la discusión se prolongó coincidiendo su término con la aparición del señor Coburn, que, acompañado de Muriel, se adentró en el cuarto huameando la presencia de los hombres delatada por la acensona.

Dottie se arrojó a sus brazos, antes de que se percatara de su modo de vestir, y las primeras palabras que profirió fueron:

—Ni siquiera sé qué aspecto tiene un hombre.

—¿Qué dices?—se asombró su padre.

—Dice que hace tanto tiempo que no le ha visto, que casi no le reconoce—interpretó Kate.

Muriel hizo una mueca de sorna y el señor Coburn reparó en su in-

dumentaria, que le hizo exhalar un respingo.

—¿Desde cuándo te vistes de esta manera?

—No le extrañe a usted verla con este vestido, señor Coburn, estábamos ensayando unas escenas —intervino Marge.

Tanto Kate como la última que había hablado nonrieron dulcemente al señor Coburn, que, como no era insensible a la belleza femenina, comenzó a sentirse menos irritado. Pero Muriel, en vista de que había llegado la hora de vengarse de los sustos sufridos, dijo a su amiga:

—Ya te dije que tenía una sorpresa para tí, Dottie.

—¡Ah! Pero si no era necesario, porque ya hace rato que...

—Oye, ¿no crees que debes presentarnos a tu padre? —la interrumpió Kate antes de que comenciera un error irreparable.

Dottie no se lo hizo repetir dos veces y el señor Coburn se declaró encantado y predispuesto en contra de Muriel, a la vista de aquellos rostros tan inocentes y acogedores, que le abordaban por ambos lados.

—Dottie no me había dicho que vivía con esas chicas tan encantadoras.

—Creo que hay muchas otras cosas que tampoco le dijo —respondió Muriel.

—Muriel, ¿qué significa? —protestó Kate.

—Sí. ¿Dónde están los otros? Ya sabéis quienes son.

El señor Coburn, desconociendo que era espectador de un magnífico duelo de diplomacia femenina, inclinó la cabeza al oír esto y profirió con acentuada energía:

—Al entrar me he dado cuenta de que están inscritos otros nombres en este mismo piso.

—Sí, claro —contestó Kate con la ayuda de Marge—. Son los nombres de los que vivían aquí antes.

El señor Coburn accedió a sentarse, una vez fueron desvanecidas todas sus sospechas, pero entonces sobrevino la señora Garnet con su frasco de sales, que aproximó a la nariz de Dottie, mientras Kate y Marge hacían los imposibles para expulsarla antes de tener que dar más explicaciones. Pero el señor Coburn, alarmado nuevamente su genio, se levantó de un salto.

—¿Qué pasa aquí?

—¿Quién es usted? —replicó la dueña de la casa.

El señor Coburn se presentó a sí mismo y la señora Garnet comenzó a vacilar sobre sus plantas, maravillada de aquel prodigio de la ciencia médica moderna. Marge acudió rápidamente a la brecha:

—Acabamos de saber que al se-

ñor Coburn no le ocurrió ningún accidente.

—Me alegro de saberlo. ¿Y qué tal su hermano?

—De vez en cuando se resiente un poco del reuma... empezó a narrar el señor Coburn.

Pero el capítulo de aquella dolencia era la debilidad de la señora Garnet. Por consiguiente, lo acaparó de tal suerte, que el señor Coburn estuvo dispuesto a confesar que la buena señora no estaba muy bien de la cabeza y agradeció infinito el que Marge y Kate se dieran prisa en expulsarla de su vista.

—¿Por qué ha dicho que papá ha sufrido un accidente?—se asustó Dottie.

—No deja perder ocasión de hablar de su reumatismo—le cortó Kate.

—Es una señora un poco rara—opinó Marge.

—Eso me pareció —se amostazó el señor Coburn— Dottie, ¿crees que es este un sitio adecuado para que tú vivas en él? Muriel me ha contado algunas cosas muy raras.

—¿De veras?—exclamó Kate, fulminando con los ojos a Muriel.

—No consigo imaginar lo que ha podido decir —dijo Marge con ingenuidad.

—Pues Muriel me dijo que...—contó vacilante el señor Coburn—,

vivían... que vivían hombres en este departamento.

Si algún empresario hubiera podido presenciar la fingida reacción de dignidad de las tres jóvenes, de seguro las hubiera contratado. Cuando las exclamaciones de honor ofendido hubieron amainado un poco, iniciaron un hábil ataque a lo que ellas tacharon de propensión a la locura disfrutada por su enemiga. Esta casi se puso a hacer pucheros, entre indignada y temerosa, y acabó por proponer:

—¿Por qué no registra usted la casa?

—Señoritas..., han de perdonarme, pero quisiera comprobarlo.

—Está usted en su perfecto derecho —respondió Kate—. También nosotras queremos estar seguras de Dottie.

Fué éste un golpe maestro y, dominadas por una alegría diabólica al ver que ambos caían en el garlito, se encargaron de orientar al señor Coburn, encabezando un investigación por un estudio detenido de la cocina, cosa que utilizaron las tres jóvenes para apabullar más todavía a su enemiga, abrumándola de indirectas y circunloquios. Poco a poco, fueron recorriendo todas las estancias, charlando animadamente...

Mientras esto hacían, quiso el

destino que Tony regresara de su misteriosa ausencia. Iba vestido de oficial del ejército y, no viendo a nadie en la casa, dejó su maletín en un rincón y procedió a cambiarse de ropa, aprovechando la ocasión para tomar una ducha. Bien verdadero es que puso el letrero de ocupado, pero ninguna de sus tres amigas se dio cuenta de ello, cuando tornaron a entrar en la sala principal.

—Bien, hijo —dijo satisfecho el señor Coburn, cuando estuvieron en tal lugar—, veo que vives en una casa bonita y comfortable. Muriel, creo que todo eso ha sido una falsa alarma.

—Nada de eso. Dije la verdad y siento que no me crea. Había hombres en este piso. ¡Yo los vi!. Uno que era una manzana y estaba en la ventana. Cuando estuvo maduro, se cayó al suelo... Y otros dos luchando con un cuchillo muy grande.

—No comprendo que ha podido sucederte, Muriel —lamentó el señor Coburn—. ¿Qué cuentos has inventado.

—Muriel, ¿por qué has tratado de indisponerme con mi padre?— sollozó Dottie.

Todo lo cual bastó para que el amantísimo padre se encendiera en ira contra la falsaria y la expulsara

de allí, enviándola a casa de una parienta suya...

Pero algo semejante al ruido de un grifo abierto sobre una bañera a medio llenar, fué percibido por ellos. Marge y Kate descubrieron los zapatos de Tony, así como otras prendas de su vestuario. Pero ya era tarde para reparar el fracaso. Tony salió del cuarto de baño, cubierto por las prendas más someras y gritando:

—¡Eh, Jorge, Norman, dadme una toalla!

Hubo un grito de espanto y desesperación. El señor Coburn saltó hacia él y Kate le advirtió astutamente de quién se trataba. Tony se vió arrinconado contra el sofá por el padre de su amiga, que estaba en lo mejor de su heroica furia.

—Vamos, vístase pronto y márchese.

—Sí, en seguida. Me alegro de conocerles... Adiós, buenos días...

—Un momento, joven, no corra tanto —le frenó el señor Coburn.

—Es que necesito un baño y un traje... —se excusó Tony.

—¿Y por qué creyó usted encontrarlo aquí?

—No sé...

—En primer lugar, ¿cómo entró aquí?

—No sé...

El aturdimiento de Tony estaba

en razón directa de la ira creciente del señor Coburn, cuya mandíbula cuadrada se alzaba agresiva. Volviendo a sus sospechas, se encará con las jóvenes:

—Quizá vosotras podáis explicarlo.

En efecto. Iban a confesar todo el engaño, cuando se abrió la puerta del piso de par en par, dando paso a Norman y a Jorge, que se arrojaron sobre el grupo, haciendo grandes ademanes de espanto y de recomendación de toda clase de precauciones.

—¿Quiénes son ustedes?—les espetó el señor Coburn.

—Enfermeros.

—¡Dios Santo!... ¿Es que está?—tartamudeó Coburn.

—Sí. Totalmente y sin esperanza.

Tony, al verse tildado de loco, no necesitó mucho arte para fingir un ataque de exasperación. Mas luego, fijándose en que Jorge no se olvidaba de recoger su ropa, pasó de las verdades a las bromas y fué arrastrado no sin resistencia lejos del piso. Al verse libres del supuesto demente, el señor Coburn exclamó:

—Creo que éste no es un sitio muy seguro para vivir vosotras.

—No lo crea, señor Coburn. Eso no había ocurrido nunca.

—¿Conoce al señor Kenny? Vive en el piso que hay debajo del nues-

tro. Es el empresario más importante de Nueva York. Está loco por Dottie.

—De veras?—inspiró halagado el señor Coburn.

—Algún día se sentirá usted muy orgulloso de su hija, cuando la vea convertida en la mejor actriz de nuestros escenarios. El señor Kenny me estaba diciendo el otro día...

Precisamente entonces sonó la voz de Kenny, cortando la explicación. Avanzó por la sala hecho un basilisco, dirigiéndose hacia el biombo que ocultaba la entrada del cuarto de baño.

—¿Qué es lo que pretenden ustedes? ¿abogarme?

—¡Señor Kenny!—progró Marge corriendo hacia él.

—¿Es ese Kenny?—se horrorizó Kate, que había reconocido a su cocinero.

El señor Coburn, seleccionado por la conducta de Norman y de Jorge sobre el modo de tratar a los locos, especialmente a los que padecían de manía acústica, se le aproximó rogando que se calmase y prodigándole demostraciones de cariño, que el empresario rechazó malhumorado.

—No me interesa su afecto, lo que quiero es entrar en el cuarto de baño... No, no quiero tomar un ba-

J U V E N T U D A M B I C I O S A



—Traigo grandes noticias —



—Ese es el departamento del señor Kenny, ¿verdad?



—¿Qué hace usted ahí
arriba?



—Es un dólar ochenta y
dos.



-¿Como lo sabes?



- No lo veo, pero lo
huelo.



- ¿Quién es ésta?



- Es usted muy bonita,
¿lo sabe?

J U V E N T U D A M B I C I O S A



- Nos está ofendiendo.



- Es un deber aumentar
la raza humana!



- Aprisa, muchachos.



- Dile que soy el portero.



- Empezaremos por la
cocina, ¿verdad?

- ¿Qué tal estoy?



- De acuerdo, empieza.



- Le presentaré al señor Coburn.

ño, ya lo he tomado con el agua que cae al piso de abajo.

—Señor Kenny, es que se ha presentado un loco y abrió el grifo.

El padre de Dottie comprendiendo la personalidad del entrometido se adelantó hacia él, al mismo tiempo que las muchachas, que se decidieron a sacar partido de la oportunidad ofrecida por la Providencia, de manera que casi hablaban simultáneamente.

—Kenny... Yo soy Jack Coburn, el padre de... Dottie. Me estaban diciendo que usted...

—Deje ese asunto para otro rato—gruñó el empresario, de una manera que le desgarró el corazón.

—Señor Kenny, tenemos una obra que...

—Es preciosa —afirmó Dottie.

—¿Se acuerda de mí, de la reina del trigo? ¿Se acuerda? —le instigó Kate enseñándole su estupefaciente dentadura.

—Virjo barrigón, ¿verdad?

Con esa última y furiosa exclamación, desdeñando los esfuerzos conjuntos de todos para detenerle, cerró la puerta de un portazo. El señor Coburn, sabedor ya del género de parentesco que podría unirle al empresario y de la trampa en que había estado a punto de caer, buscó su sombrero y desde el mismo umbral, gritó:

—¿De modo que ese es el señor Kenny, el que iba a hacer tanto en favor de Dottie?... Bien, se terminó... Desgraciadamente, tengo que estar ausente una semana por asuntos de negocios, pero el lunes por la mañana, temprano, vendré y sacaré a Dottie de esta... de esta casa de locos.

—¡Papá, por favor! —impetró su hija.

—Dottie, prepárate para irte conmigo el lunes por la mañana.

Y cerró la puerta con un arrechato gemelo de Kenny, que sonó en los juveniles oídos de las muchachas como una sentencia de muerte.

NO QUIERE SER CÓMICO

El silencio sepulcral que siguió a las bruscas salidas de ambos personajes, fué truncado por la voz de Kate, que abrió los brazos como si la prueba realizada la hubiera agotado.

—Bueno, no me ha servido de nada enseñar los dientes, ¿no es cierto? ¿Qué te pasa, Marge?

La joven aludida por Kate tartamudeó unas palabras, intensamente pálida, y desapareció en dirección a la cocina. Antes de que sus amigas pudieran averiguar el motivo de su indisposición, reaparecieron los tres muchachos que se quedaron de piedra ante el innegable desaliento que dominaba la sala.

—¿Dónde está Marge? — preguntó inmediatamente Tony.

—En la cocina.

Norman se quitó el horrible sombrero hongo, hundido hasta las cejas, e inspeccionó los rostros melancólicos de las dos jóvenes, mientras Tony se encaminaba al sitio mencionado por Kate.

—¿Qué quería el señor Kenny?

—Quería que le salváramos de la inundación.

—Tony se dejó abierto el grifo de la bañera... —apuntó Dottie—, y el agua le llegaba al señor Kenny hasta las rodillas.

—¿Pero no le hablasteis de nuestra obra? — les afeó Norman.

—Le hablé —contestó Kate.

—¿Y qué dijo? ¿Qué dijo?

—No le interesaba nada más que el cuarto de baño —afirmó Dottie.

Norman se desplomó en una bu-

tata, vencido por aquella tremenda bancarrota de sus ilusiones, y Jorge se paseó como un perro que ha extraviado a su amo. Al cabo de unos segundos de intensa meditación, Norman sacudió su cabeza, como si la sacara del agua, y suspiró:

—Bueno, por lo menos el padre de Dottie habrá quedado satisfecho. El cree que todo ha ido bien, ¿eh?

—Sí, todo ha ido bien —respondió con sarcasmo Kate.

—Vendrá a buscarme el lunes. Quiere llevarme a Illinois. Yo odio a Illinois. Es muy aburrido —gimoteó Dottie.

Marge, entretanto, había salido a la terraza y de una maceta desenterró un frasquito, de cuyo contenido tomó unas gotas depositadas en una cucharilla. Apenas tuvo tiempo de esconder la medicina. Sonaron unos pasos y ella se volvió precipitadamente. Era Tony. Se abrazaron y besaron amorosamente, hecho lo cual Tony se creyó con fuerzas suficientes para someterla a la prueba de lo que le esperaba.

—Tony, ¿cómo es que has tardado tanto en regresar?

—He estado detenido... ocupado y... Marge, escucha... Será mejor que abandone la idea de ser actor, porque no creo que sea una de las

cosas más importantes hacer comedias, tal como está el mundo hoy día.

—Pero, Tony, eso es precisamente lo que el mundo necesita, ahora más que nunca. Necesita diversiones que le hagan reír para que pueda olvidar los momentos tan tristes que vivimos.

—A pesar de todo, creo que hay otras cosas más importantes que todo eso.

—¡No quiero que hables así! —le reprochó Marge—. Sería tan feo que abandonásemos a los otros que han sido tan buenos y cariñosos con nosotros y, además, sin que el señor Kenny haya visto la obra, y...

Incapaz de resistir más su congoja, se echó a llorar mientras Tony prodigaba los más afectuosos consuelos. Así que se calmó un poco, se le abrazó y exclamó apasionadamente:

—Tony, no dejes que nuestro matrimonio estropee nuestros proyectos, sino no le querré.

—¿A quién?

—Al niño que vamos a tener.

—Tony se sintió apesadumbrado por la noticia que iba a nublar más todavía su ya sombrío horizonte sentimental. Marge, extrañada de su silencio, le apretó los brazos apremiante:

—¿No te alegras, Tony? ¡Por favor, alégrate!

—Claro que me alegro, pero...

—¿Pero un hijo complicará nuestra situación? Será muy hermoso, ¿verdad?

—Claro que será muy hermoso y le querremos mucho.

Se abrazaron, ocultando cada uno la zozobra en que estaba sumido su espíritu. Tony pensando en que el lunes tenía que incorporarse al ejército y Marge que el mismo día Dottie les abandonaría, perdiendo el único refugio estable.

—Debemos volver... He venido sólo para tomar la medicina —dijo caseñándole el escondite—. Esta medicina lo arregla todo. Pero hay que tener cuidado. Con una cucharita te encuentras estupendamente, pero, con dos, se queda uno dormido durante varias horas.

—¡Qué horror! Debes tener mucho cuidado, nenita.

Consolada con su amor, Marge se encontró dispuesta a hacer frente al futuro, se besaron a hurtadillas y regresaron a la sala, en donde sus amigos proseguían en el mismo estado de postración en que les había dejado los anteriores acontecimientos.

—Supongo que Marge te lo ha contado todo, ¿no, Tony?

Este, que era demasiado feliz,

pese a sus preocupaciones, contestó:

—Sí, me lo ha dicho.

—¿Y qué es lo que va a pasar? —consultó Kate.

—Pues que vamos a tener un niño.

Cuando esta idea se fraguó camino en el cerebro de sus amigos, Norman se incorporó y disparó un puñetazo a la barbilla de Tony, que se desplomó sobre el diván, al tiempo que Kate se lanzaba sobre él con las manos crispadas. Marge voló en defensa de su esposo.

—¿Qué tiene de particular? Estamos casados...

Todos se arrepintieron de su precipitación.

—¿Cuándo fué?

—En mayo y el niño nacerá en abril.

—Eso es maravilloso —aprobó Kate, importándole un comino su obligación de celibato.

—Sí, está bien, pero... —vaciló Jorge—, yo creí que no admitían en el ejército a los que iban a ser padres de familia.

—¡Cállate! ¿Quieres? —gritó Tony.

Jorge se mordió la lengua y todos dieron muestras de consternación, excepto Norman que se había retirado lejos del contacto de aquellos traidores. Marge ordenó a Jor-

ge que explicará sus palabras y éste se enzarzó en una desbaratada aclaración, que no satisfizo a ninguno y menos a la joven esposa, que le enmudeció con un gesto, volviendo sus tiros hacia Tony.

—Contesta, Tony. ¿Qué quiere decir?

—¿A qué ocultarlo?... —exclamó Tony—. Estoy en el ejército, eso es todo. No podíamos decir que estábamos casados, ¿comprendes?... No sabía cómo decirte lo, nenita. Ha sido horrible estar lejos de ti.

Marge le pasó el brazo en torno del cuello, reclinó su cabeza sobre el pecho del joven y suspiró con lágrimas en los ojos:

—Soy un egoísta incorregible. Sólo he pensado en mí sin tener en cuenta lo que pudiera sucederte. Pobre Tony, debes haber sufrido mucho...

Si había sufrido, Tony se consideraba pagado de sobras. Los demás estudiaron la encantadora escena y luego se produjo un silencio impresionante, aprovechado por cada cual para meditar la nueva complicación que comportaba un aumento de la colonia teatral.

—No puedo imaginar cómo ocurrió —suspiró Dottie, con la sensación de que había estado perdiendo el tiempo.

—Stanislavsky —añadió Jarge.

QUIERO MI OBRA

EN la oficina teatral del señor Kenny, Dottie aguardó a que le llegara el turno de hablar con la secretaria, incomodada por un actor viejo. En cuanto tuvo la ocasión de hacerlo, la secretaria la miró con aire dubitativo y dijo formalmente:

—¿Tiene hora comprometida?

—Quiero hablar del nacimiento de un niño.

La secretaria dirigió sus ojos en todos los sentidos, esperando que nadie hubiera percibido la original contestación y luego asceveró en voz baja que debía tratarse de un error.

—¡Oh, no, no se trata de un error! —respondió Dottie—. El señor Kenny ha de venir a casa... aunque sea sólo por una noche.

La secretaria, estupefacta, le in-

dió cortesmente una silla y se puso en comunicación, a través del dictáfono, con su jefe, que casi se cayó del asiento, sobre todo al oír que su secretaria le aconsejaba confidencialmente que recibiera a la desconocida.

—Bueno, que entre —accedió de mala gana—. Usted escuche por el dictáfono. Dejaré la llave abierta.

Dottie entró en el despacho de Kenny con su ágil paso característico. El empresario estaba de pie y con los ojos relampagueantes, preparado a aniquilar a la chantagista, cuya cara le resultó vagamente familiar. Se adelantó a Dottie, que abría la boca para hablar.

—Oiga, señorita, ¿qué tengo yo que ver con que usted vaya a tener un niño?

—Yo no voy a tener ningún niño.
—Le corrigió con suavidad—. Le explicaré. Nosotros somos scia...

—¿Qué son scia? —se asombró y luego agregó—. ¿Dónde la he visto a usted antes?

—Soy Dottie Coburn... —aclaró muy animada al ser reconocida—. Vivo encima del departamento de usted.

—¿Ah, Coburn!... Es la hija del hombre loco que quería darme un baño.

Dottie empezaba a gimotear que su padre estaba sano totalmente, como era de esperar del hombre de negocios más importante de Illinois, cuando penetró en el despacho Kate, que inmediatamente presentó sus excusas al empresario. Salióse éste de quicio al verla, creyéndose víctima de un complot.

—¡Ah, ahora usted! ¡Ya me figuraba yo que usted debía andar metida en esto!

—Le estaba hablando al señor Kenny de nuestro bebé —informó Dottie.

—¿De qué habla? —preguntó Kenny a Kate.

Kate, con la ineficaz ayuda de Dottie, se entregó a una absurda explicación del estado sentimental y económico de sus asuntos. Kenny creía haberse vuelto loco; por lo menos, todo aquello se le antojaba

tan incongruente como una pesadilla. En cuanto Kate estimó que todo quedaba suficientemente aclarado y que el empresario estaba convencido, concluyó:

—Verá usted nuestra obra, ¿verdad, señor Kenny?

—¿Qué obra? No entiendo una palabra de lo que dicen. ¿Quieren irse de mi despacho antes de que me vuelva loco?

Kate, enfurecida por la irrespetuosa orden, arrastró hacia la salida a Dottie, que lamentaba profundamente no estar durante el nacimiento del niño, ya que de aquella manera se veía privada de toda diversión. Desesperada, ya en la puerta, giró sobre sus talones y le gritó, como si sus frases le fueran a pulverizar:

—Me gustaría que Stanislawsky estuviera aquí. Stanislawsky escribió el «Crimen misterioso».

Kenny pareció estar en un tris de desmayarse. Apoyándose en el borde de la mesa, consiguió llegar hasta las jóvenes antes de que se hubieran ido por completo y les cerró el paso.

—¿Que han dicho del «Crimen Misterioso»?

—Que es una obra magnífica y le gustaría mucho —alabó Dottie.

—¿Magnífica? ¡Claro que es magnífica! —aseguró Kenny exci-

tado—. La mejor de todas. Pero, ¿cómo saben lo del crimen?

—Es nuestra obra —contestó Dottie.

—Nos la dió la patrona —añadió Kate.

—¿Se la dió ella? —tronó Kenny.

—Sí —declaró Kate asistida por Dottie—. Estaba en el bañ de alguien que se fué sin pagar... ¡Oh!

Lanzada esta exclamación, Kate se tapó la boca y miró al empresario. Se había acordado de los motivos que éste tenía para permanecer en el departamento de sus días juveniles. Dottie se asustó del cambio de su amiga y el empresario, en vista de que iba a recobrar su perdida paternidad de autor, súbitamente transformado en un ser farfoso, anlló:

—¿De modo que usted ya lo sabía? ¡Lo sabía y se reía de mí mientras se lo contaba!... ¡¡Quiero mi obra!!

—¿Por qué hemos de darle al señor Kenny nuestra obra? —dijo Dottie.

—Dice que esa obra es su obra —informó Kate.

—No es que lo diga. ¡Lo es!... Yo la escribí, yo luché por ella y me echaron a la calle por ella. Quiero mi obra. ¡or favor, déamela!

Ante la obstinación de Kenny, Kate no sabía que resolver. La si-

tuación estaba más allá de sus propias fuerzas. Por consiguiente, optó por una dilación y traspasar el embrollado problema a otras manos más capaces.

—Aunque nosotras quisiéramos dársela, señor Kenny—respondió—, creo que Norman no accedería.

—¿Quién es Norman?

—Creo que Norman es el hombre más simpático del mundo —dijo ensañadora Dottie.

—¿Dónde está?

—Vive con nosotras.

—Entonces, insisto en que vayamos allá ahora mismo.

Y ambas jóvenes atravesaron la antecámara con aire triunfal, que semejaban ir precedidas de una banda militar.

Desconocedores en absoluto de las proezas que estaban realizando sus compañeras, Jorge y Norman tasaban su indignación y desilusión de la forma acostumbrada por sus temperamentos. Norman, con las manos metidas en los bolsillos y derribado en el diván, escuchaba el ensayo de Jorge que, caracterizado de Napoleón, declamaba con un terrible acento francés.

—¿Por qué haces de Napoleón con acento francés?

—Porque era francés, ¿no?

—No, digo así, como Boyer...

—¡Oh!... Porque así me gusta más. Seré más popular.

En la entrada del departamento se atropellaron Kenny, Kate y Dotie, que corrieron hacia el sorprendido Norman, queriendo hablar todas a la vez.

—El señor Kenny...

—Norman, ha pasado una cosa horrible.

—El señor Kenny ha escrito una obra...

—Nuestra obra —concluyó Kate.

La histeria mental de Norman y la habilidad de Jorge para soslayar situaciones quedaron en entredicho, porque se quedaron quietos como estatuas. Norman tragó saliva, empezando a recobrar su sano mecanismo cerebral.

—¿Usted escribió el «Crimen misterioso»?

—Sí, fui yo, es de mi propiedad y, si no me lo dan ustedes por las buenas, me veré obligado a denunciarlos... —Norman reaccionó de una forma desconcertante—. Bien, ¿dónde está? ¡Démelo!

—No la tenemos... Es decir no la tenemos escrita. No creemos en ese sistema —fué improvisando Norman a medida que hablaba—. De modo que, después de aprenderlo de memoria, tiramos el manuscrito.

Kenny exhaló un gemido y repitió casi en estado de sonambulismo:

—¡No creen en el manuscrito!

—Eso es, señor Kenny —aseveró Norman, comprendiendo el camino a seguir—. De modo que el único modo de recuperar su obra es volver a representarla, ¿comprende?... Es decir, primero nos ve representar su obra, luego vuelve a copiarla y así podrá recuperarla.

—Tiene usted mucha razón —agradeció Kenny—. Haré uso de un dictáfono. Hagan el favor de esperar que voy a buscarlo. Está abajo. Ahora vuelvo. No hagan nada hasta que vuelva.

—No, señor —prometió Norman.

Le acompañó hasta la puerta y se entregaron a una inmensa alegría.

CRIMEN MISTERIOSO.

CUANDO la alegría hubo recibido bastante escape para que pudieran pensar en cosas de más substancia, decidieron vestirse para preparar un ensayo preventivo. Dottie, que aún seguía observando admirada a Norman, señaló el manuscrito en litigio, exclamando sorprendida:

—¡Pero si el manuscrito está aquí!

—Por favor, Dottie, tú no sabes nada de esto, ¿entiendes? —tembló Norman.

—Está bien, Norman —replicó la enamorada muchacha.

—Tendrás que ponerte un vestido un poco más largo —terció Marge para distraerla.

—¿Serviré el traje que usé en el colegio para los exámenes?

—Lo que sea, pero a prisa —la animó Norman, y así que hubo marchado estalló—. ¿Cómo se las arreglaría para poder examinarse?

—Alguna recomendación seguramente —opinó Marge.

En un santiamén arreglaron el escenario, bajo la dirección de Norman, que se había puesto el sombrero hongo ya conocido. Frente al diván, colocaron una mesita con una bola de cristal y algunas sillas a los lados. El gran cuchillo fué clavado en un almohadón del diván simulando el cadáver. Y aquello fué todo.

Kate regresó vestida de gitana; Dottie, de blanco; Jorge, de criado.

y los demás vestidos con sus trajes usuales. En vista de que Kenny no reaparecía, Norman habló a sus huéspedes.

—Vamos a ensayar el principio. Cada uno a su sitio, a ver si la hacemos bien.

—Debemos hacerlo bien. ¡Dependen tantas cosas de ello —convino Marge.

—Bien, todo el mundo a su sitio... ¡Telón!

Mientras Norman se dirigía a la puerta con el sombrero hongo puesto, Dottie se puso en pie junto al «cadáver». Jorge algo retrasado con relación a ella. Tony se colocó detrás del asiento de Marge, con la mano sobre sus hombros, y Kate ocupó un taburete frente a la mesita de la bola de cristal. Hecha la señal por Norman, Kate extendió sus manos sobre la bola y murmuró con voz ronca:

—Los espíritus dicen que la joven que vió el crimen debe levantarse, debe acercarse al cadáver, y debe... debe levantar la mente que lo cubre...

Dottie estalló un alarido escalofriante, queriendo cetrar el camino a Marge que avanzaba hacia el diván. Norman se precipitó hacia el grupo con aire imperioso, ordenando:

—¡Nadie se mueva!... —y se

encaró con Jorge—. ¿Quién es usted?

—Yo soy el mayordomo siniestro —respondióle horriblemente melodramático—. Esta pobre niña, ¿por qué gritó?

Marge, percatándose de lo grotesco de la escena, dejó escapar una carcajada cristalina, que desvirtuó todo el apasionado interés de sus compañeros. Norman se quitó el sombrero irritado y Jorge, a quien la risa aludía más de cerca, protestó:

—Vamos, Marge, no hay nada que haga reír.

—Lo siento. No pude evitarlo... Ese cuchillo, clavado en el sofá, tiene gracia.

—Claro que tiene gracia —apoyó Tony—. Hace falta mucha imaginación.

Norman, que estaba en todo, extendió una tela sobre el diván, expresando la esperanza de que aquello costara toda hilaridad. Pero Marge, aunque arrepentida, no daba grandes muestras de seriedad y Kate la reprochó:

—Marge, no podemos encontrar a nadie que haga de muerto.

—Quizá el señor Kenny quiera ser el cadáver —espetó Dottie.

—¡No pías tonterías! —rió Norman—. ¿Dónde encontraríamos un cadáver de verdad?

Precisamente entonces Muriel coincidió con el deseo expresado por Norman, entrando tímidamente en el departamento. Jorge salió a recibirla y la espetó:

—Muriel, ¿te agradaría ser un cadáver?

—No, no, yo no he hecho nada malo —aseguró palidísimo.

—Pues vas a ser un cadáver ahora mismo, quieras o no.

—¡No, por favor! ¡Yo no pensé hacer ningún mal! —lloriqueó Muriel.

—Más de lo que creas —replicó Kate.

—No, no quise hacerlo. Y vosotros debéis creerme. Yo también estoy en un apuro... mi tío... Me ha hecho venir a disculparme con Dottie, aunque no sé por qué debo hacerlo, pero...

—No, querida Muriel, no tienes por qué disculparte. Queremos que nos hagas un favor.

Empleando ya las bromas, ya las veras, ya el halago, ya la amenaza, lograron que se tumbase en el diván, accediendo a aquella extraordinaria petición para que realizase un no menos extraordinario papel. Le clavarón el cuchillo en una madera oculta por una especie de lazo de gasa, en tanto que ella decía:

—Yo no sé si sabré hacerlo.

—Lo harás muy bien, Muriel, como si hubieran escrito el papel para tí —la tranquilizó Kate.

—Y ahora, Marge, por favor, cuando lo veas, grita fuerte, para que yo sepa que he de entrar —dijo Norman.

—Descuida, lo haré bien esta vez.

—¡Tengo que estar aquí tendida? —inquirió Muriel—. ¿Puedo respirar?

—No, no respire —la aconsejó Jorge—. Hay que ser realista. No respire.

Norman retrocedió hasta la puerta, observó el conjunto e iba a dar la señal de empezar..., pero el señor Kenny y un criado tropezaron con él, cargados con los diversos artilugios que constituyen un dictáfono, mientras el primero se excusaba por su tardanza.

Inmediatamente, dispusieron uno de los aparatos en una mesita próxima a la chimenea, en donde Kenny haría las manipulaciones necesarias, y el otro contiguo a Kate. Después de este trabajo, que se realizó en un abrir y cerrar de ojos gracias a los excitados y amables artistas, Jorge dijo unas palabras para comprobar si funcionaban bien.

El señor Kenny dió la orden de comenzar la representación, Norman prodigó unos consejos yendo hacia la puerta y cada cual se situó en su lugar correspondiente.

—Los espíritus dicen que la joven que vió el crimen debe levantarse, debe acercarse al cadáver y levantar la manta que lo cubre — vaticinó Kate con voz tenebrosa.

—¡No, no, no! —suplicó Dotie.

Marge estiró de la manta y exhaló el agudo alarido necesario para el melodrama. Muriel se sobresaltó al escucharlo y, espeluznada, se sentó en el diván, preguntando:

—¿Qué te pasa?

—Un momento... —intervino Kenny—. En mi obra el cadáver no dice nada.

Norman dió las aclaraciones necesarias, en tanto que Marge y Jorge se inclinaban sobre la muerta

espantosamente contrariados y severos.

—Muriel, no olvides que estás muerta —recordó Marge.

—Sí, pero pensé que...

—No puedes pensar nada —avisó Jorge, obligándola a tumbarse—. Estás muerta... Quizá sería mejor matarla de verdad.

—No creo que haya ninguna razón para enfadarse. Después de todo, todavía no he ensayado.

—Bueno, bueno, sigan adelante —cortó Kenny, ya nervioso.

—Pero antes tendréis que darme de beber. Tengo mucha sed... Desde que era pequeña tengo la costumbre de beber alguna cosa antes de acostarme.

—Es mejor prescindir de ella —se desalentó Tony.

—No, Tony —objetó Marge—. Claro que tiene sed. Yo le traeré algo fresco para beber. ¿verdad?

CONTINUA LA COMEDIA

Marge, perseguida por Tony, que había adivinado lo que se proponía, se encaminó a la maceta, desenterró la medicina y vertió dos cucharadas en un vaso, despreciando los temores de su esposo. Con esta bebida y el frasco de salsa de tomate, se acercó al «cadáver» ofreciéndoselos.

—Aquí tienes, querida Muriel.

—¿Qué es?

—Es una sorpresa. Te gustará. Bébetele todo.

No fué necesario más instancia para que Muriel bebiese el vaso hasta las heces. Tony, acongojado por la imprudencia de Marge y temiendo que de ella proviniese una desgracia, la miró atentamente.

—Estaba delicioso, gracias... —

declaró Muriel—. Ahora podéis empezar.

Jorge roció el vestido de Muriel de salsa de tomate y Norman la tapó con la manta. Dióse la voz de «¡telón!», Norman corrió a la puera y Kenny conectó el dictáfono.

Pero cuando el aullido de Marge rasgó el silencio, la señora Garnet abrió la puerta del departamento, aplastando a Norman, y lo invadió retorciéndose las manos.

—¿Qué ha sucedido, Dios mío? ¿Alguien se ha hecho daño?

—¡Ah, es usted!...— barbotó Kenny—. Oígame usted, señora hipócrita. ¿Cómo se atrevió a dar mi obra a esa gente ignorante? Podría hacerla detener y haré que la detengan...

—Por favor, señor Kenny, no se enfade con la señora Garnet —rogó Marge—. Sólo quiso ayudarnos.

—Claro —afirmó la señora Garnet.

—¡Oh!... Vamos a empezar de nuevo—, mandó el empresario.

Hubo algunas dificultades más para lograrlo, pues fué imprescindible que la señora Garnet fuera convencida de que se trataba de una comedia y luego, con la esperanza, según le había insinuado Tony, de cobrar el alquiler, se puso a alabarles como actores, hasta que Norman la enmudeció malhumorado.

—Los espíritus dicen que la joven que vió el crimen debe levantarse, debe acercarse al cadáver y debe... debe levantar la manta que lo cubre.

—¡No, no, no!

—¡Ah!

¡Y Norman, que había salido a la escalera, compareció detenido por dos policías de uniforme, entre cuyos brazos se debatía furioso! Todos se alborotaron, sobre todo cuando uno de ellos investigó con autoridad:

—¿Quién ha gritado?

—He sido yo, guardia, pero... —quiso aclarar Marge.

—No tienen derecho a entrar aquí de esta manera —anunció Kenny.

—Tenemos orden de investigar —replicó el guardia.

—Vamos, guardia. No se deje engañar por las apariencias —le aplacó Kenny—. No ha habido ningún crimen. Estamos ensayando una obra. Me llamo Arturo Kenny. Supongo que me habrá oído usted nombrar.

—¿Cómo prueba usted que lo es? ¿Puede usted identificarse?

—Claro. La señora Garnet, la patrona, se lo podrá decir.

La patrona estaba entusiasmada en su papel de espectadora. Su cordedad mental y su ingenuidad la tenían muy entretenida. Con las manos cruzadas en el regazo, sus ojos iban de uno a otro. Los actores se le acercaron, obligando a que volviera al mundo cotidiano. Kenny, que estaba rabioso, le suplicó:

—Señora Garnet, estos policías creen que aquí ha ocurrido algo malo.

—¡Ah!... —profirió la dueña de la casa—. Yo creí que tomaban parte en la comedia. ¡Oh! señores, lástima que no hayan estado aquí! Es magnífico. Me gustó mucho. ¡Lástima que sea demasiado corto!... La parte más emocionante es cuando la otra vez la pobre chica asesinada, que yace allí...

—¿Una muchacha asesinada?... ¿Dónde? —gritó el guardia.

Así que fué enterado del lugar, levantó la manta, halló a Muriel, inconsciente por efecto de la medicina de Marge, con el puñal sobresaliendo del pecho y las rojas manchas de salsa de tomate.

—¡Oh, pobrecilla! —gimió y ordenó a su colega—. Llama a la Jefatura.

Los muchachos se apresuraron a deshacer el error, arrancando el puñal y haciéndoles probar la salsa de tomate, con la cual ambos policías lanzaron una risotada de suficiencia, como prueba de que no habían sido engañados y se despidieron.

—Lo siento, señor Kenny. Nos marchamos en seguida —es excusó uno.

—Yo les acompañaré para que vayan más rápidos —dijo Norman.

Pero el empresario, al que la sorprendente inmovilidad de Muriel había picado la curiosidad, ordenó que se levantara. Naturalmente, Muriel se negó a ello, con el empeño que siempre ponía en embarullar los acontecimientos, y Kenny le tomó el pulso.

—¡Guardia!... Un momento, por favor —gritó—. Aquí hay algo raro. Esta mujer está sin sentido.

—Quizá sea que está cansada —balbució Tony, poniéndose al lado de Marge.

El guardia no le hizo caso, se arrodilló junto al diván y, levantando un párpado de Muriel, estudió el iris, que estaba enormemente dilatado.

—Tenta yo razón —anunció—. Ha sido narcotizada.

Norman se precipitó sobre Muriel y la sacudió hasta la crueldad, pero la joven no dió señales de volver en sí. Los que eran inocentes retrocedieron, formando un grupo defensivo. Marge, terriblemente espantada, adelantó un paso hacia el guardia.

—Fui yo quien lo hizo —confesó.

—No fué ella, sino yo —replicó Tony—. Le di un narcótico para que se callara. No había manera de que se quedase quieta.

—¡Esto es absurdo! —se asustó Kenny, queriendo irse—. Yo no quiero que me mezclen en esto.

Pero ninguno de los dos guardias estaba dispuesto a que nadie se les escabulliera, arrebatándoles aquel éxito policiaco. Uno de ellos se pegó a la puerta de entrada, con los brazos cruzados, en tanto que los jóvenes aprobaban su conducta.

—Señor Kenny, espere. Si no hemos empezado todavía.

—Si continuamos, descubriremos más cosas —aprobó el guardia—. Llame a una ambulancia.

J U V E N T U D A M B I C I O S A

—V a un coche celular —añadió el otro con sorna.

Pero al dirigirse hacia el teléfono, Jorge se encogió como si fuera una fiera y se aproximó al policía que iba a emplearlo, con las manos crispadas como garras y pronunciando con voz siniestra:

—¡No toque ese teléfono!... Porque si lo hace, la casa entera volará en mil pedazos y ustedes con ella.

El policía abrió mucho los ojos y su compañero de la puerta le recomendó amedrentado:

—Ten mucho cuidado, Joe, puede hablar en serio.

Aquello era demasiado para los desprevenidos e impresionables po-

licías. El que llevaba la voz cantante palideció visiblemente y se levantó empuñando su revólver, con el que describió un círculo amenazador.

—¡Que nadie se mueva! —avisó, asustado.

Kenny se rió de su terror, así como de la astucia de los jóvenes, y, puesto que mal que bien la función parecía que iba a deslizarse como una seda por los cauces de la normalidad, dijo, animando sus contristados ánimos:

—Bien, por fin lo han conseguido —pulsó otra clavija y mandó a su criado—. Cambie el disco y seguiremos con la obra.

¡UN BEBE!

A la mañana siguiente de tan accidentada víspera, los actores eran francamente pesimistas y no intentaban disfrazarlo. Las tres muchachas, alejadas por un motivo ignorado de sus amigos, quizá por su propia vergüenza, repasaban mentalmente todo el horror de la noche pasada. La piel se les ponía de gallina. Sus reflexiones eran por demás patéticas.

Dottie, con su característica incapacidad de guardar silencio, se retorció las manos. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Meneó la cabeza y suspiró:

—Sí; el señor Kenny debe estar ya muerto.

—¿Muerto?—se asombró Kate—. Pero, ¿qué estás diciendo?

—Anoche, al marcharse, dijo que iba a matarse.

—No creo que lo intente siquiera.

En la contestación de Kate había cierta crueldad, como si lamentase la falta de decisión de que acusaba al empresario... Hubo una nueva pausa. Dottie exhaló un gemido y despegó su mirada de las manos.

—Es terrible hacer fracasado y sólo tener dieciocho años...

Kate afirmó a esta observación. Y es más, le añadió un apéndice:

—Seguramente se reirán de nosotras cuando volvamos al pueblo... ¡Y tantas esperanzas que teníamos al marchar!

—A mí no me importa eso, sino que el niño nacerá y su padre no sabrá qué cara tiene —exclamó Marge.

—Y Norman tendrá que regresar a Rhode Island y terminar su carrera... —se paró, colocándose la mano sobre la boca—. Ya me entiendes.

Norman, Jorge y Muriel, ésta con la cabeza envuelta en un puño, denunciado del atropello de que había sido objeto, y toda su persona en algo oscuro y holgado, miraban tristemente ante sí, no a las ropas puestas a secar en una cuerda, sino a su futuro. Tony, que parecía conservar más ecuanimidad que sus colegas, inquirió de Norman:

—¿No hay nadie?

—No, aún no —contestó éste.

La preocupación de Muriel, aunque también era originada por la espera, tenía por causa su imaginación, gracias a la cual podía ver a su familia desatada en denuestos. Se acercó a sus vestidos y los palpó. Tristemente comprobó que todavía estaban húmedos y exclamó con voz dolorida, llevándose la mano a la cabeza:

—No sé porqué no se secan.

—Debe ser por la humedad que hay aquí —supuso Jorge.

—¿Qué tal te sientes, Muriel?— se interesó Tony.

—Como si yo fuera algo así como un rompecabezas sin resolver.

—Tal vez te falten algunos pedacitos —se burló Jorge.

—No, no me falta ninguno. Cuando estaba en la bañera me miré.

—¿Y por qué te metiste vestida en la bañera? —tronó Norman.

—Estaba apoyada en ella y de pronto tuve un pequeño vahído. Me pareció como si alguien me empujase... Quiero ir a casa.

—Vete —respondió Norman.

—Causarías sensación si te vieran así —comentó Jorge.

Pero Muriel estaba muy quebrantada para hacer otra cosa que gimotear. Percatándose de la hostilidad de los actores, regresó a su refugio del biombo, prometiendo:

—En cuanto esté seca mi ropa avisaré al señor Coburn para que venga aquí en seguida. No esperará a mañana para llevarse a Dottie cuando sepa lo sucedido... ¡Ay, qué mala estoy! Quisiera tener un cepillo de dientes.

El biombo la ocultó por completo. Y, entonces, se explicó el porqué de la humedad de sus trajes. Jorge, habiendo esperado un lapso de tiempo prudencial, descargó sobre ellos el agua contenida en un vaso, de manera que imposibilitaba a su propietaria de que llevase a cabo sus tenebrosos designios.

—No sé por qué no puede esperar hasta que sepamos lo que opi-

na el señor Kenny de nuestra actuación —se extrañó Norman.

—Si quiere irse, no será con esos vestidos. Será en traje de baño —le tranquilizó Jorge.

Llamaron a la puerta y todos se movieron ágilmente hacia ella, con la esperanza de que fuera el empresario. Pero, en lugar de este anhelado personaje, compareció el señor Coburn. La tierra semejó haber cambiado el sentido de sus revoluciones, tanta fué la consternación de los jóvenes, apañados ante el autor de los días de Dottie. Ya era tarde para que se ocultasen los varones. Además, ¿qué importaba ya la opinión del padre de Dottie? Era únicamente una amargura más.

—¡Papá, si no llas a venir hasta mañana! —protestó Dottie.

—No quiero que estés aquí más tiempo del necesario. De modo que, habiendo resuelto mis asuntos antes de lo que pensaba, he decidido...

Aquí se le trabó la lengua, no sólo porque alguien análogo al espectro de Muriel se sumó al grupo, sino porque su mirada se clavó en Norman.

—¿Eh?... ¿Quién es usted?

—¿Quién? ¿Yo?... —se aturulló éste—. Entré a hablar por teléfono.

El señor Coburn hizo dos descubrimientos más: las azoradas caras

de Jorge y Tony, que no se habían borrado de su memoria aún, ni era fácil que al ocurriese durante el resto de su vida. Muriel vió llegar la ocasión de la venganza y trompeteo triunfalmente:

—Ya se lo dije, ya se lo dije... Le dije que Dottie vivía con tres hombres.

—Yo ni siquiera sé el aspecto que tiene un hombre —balbució Dottie.

Pero la ira del señor Coburn era tan inmensa, que también pudo cobijar la medrosa personilla de Muriel.

—Y tú ¿dónde has estado? —le increpó—. Tu tío estaba preocupadísimo porque no has vuelto a casa.

—No podía volver a casa, porque esta gente...

Kate se hizo cargo de la aplicación de la ley del Tali6n, y no hay que decir que asumió la tarea llena de gozo.

—No quiero decir nada, señor Coburn, pero estaba algo marcada.

—No es cierto— gimió Muriel, dando más pábulo a lo afirmado por Kate—. Me engañaron para que fuese cadáver y luego me envenenaron y perdí el conocimiento. Cuando recobré el sentido, había dos policías en la habitación. Y, cuando empecé a hablar y a preguntar qué sucedía, intentaron estran-

gularme... Yo creo que no les gusto mucho.

—Al contrario, estamos locos por ella, señor Coburn —aseguró Tony, chirriando los dientes.

Por desgracia, el señor Coburn hacía de Tony el principal objeto de su enfado en sus recuerdos y, dado que cada vez que entraba en aquel departamento estaba a punto de perder la razón, evidenció esta propensión, chillando como un loco, con toda la fuerza de sus pulmones. Rojo de ira, en un tris de estallar, se encaró con su hija:

—¡Dottie! ¿No te averguenzas de ti misma?

—Papá, no te alteres tanto...

—¡Yo no estoy alterado!

—No grites... No des escándalo —suplicóle su hija—. Vamos a tener un bebé.

—¿Qué?... ¡Oh, Dottie!...

Marge creyó llegado el momento de intervenir:

—Dottie se ha explicado mal, señor Coburn. Soy yo quien va a tener un bebé.

El señor Coburn abrió una boca de a palmo. Aquella maternidad tan mal definida le exasperó más todavía, induciéndole a considerarles como a una partida de seres corrompidos. Tony, con ánimo de sosegarle, le ofreció un cigarro. Distráido por el embrollo, el padre de

Dottie iba a aceptarlo, mas, dándose cuenta de que ello significaba claudicar, lo soltó como si ya estuviera encendido.

—¡Yo no quiero cigarro! —aulló—. ¡Lo que quiero es sacar de aquí a mi hija!... ¡Dottie, ve en seguida por tus cosas!

Su acento fué de los que no admiten réplica. Dottie con sus dos amigas fué en derechura del dormitorio. Los muchachos rehuyeron las cercanías del señor Coburn, que se paseaba delante de ellos como un tigre enjaulado.

Mientras empaquetaba sus efectos, con el auxilio de Kate y Marge, la desterrada de aquel paraíso terrenal lloraba a lágrima viva, desecando y rechazando a la par el consuelo que las otras jóvenes procuraban concederle.

—No llores, Dottie, ya nos veremos otra vez, te lo aseguro —dijo Marge.

—Sí, pero el mundo es muy grande y me encontraré muy sola.

—El mundo se vuelve más pequeño cada día —replicó filosófica Kate—. Debes pensar en esto.

Cuando salió a la sala y los muchachos se reunieron con ella, el señor Coburn se enfrentó con la causante de todo el enredo, que permanecía vestida con su grotesco atavío.

—Murciel, ¿no estás lista?

—Señor Coburn, no puedo irme. Mi ropa está mojada.

—Déjela con nosotros, señor Coburn. Nosotros cuidaremos de ella —dijo Kate, arrastrando las sillas.

—Gracias —contestó el señor Coburn—. Vamos, Dottie.

La joven pugnó por dominar sus sollozos y fué saludada sucesivamente, con gran efusión, por sus colegas de pena, en tanto que el señor Coburn se apoderaba de su maleta y rezongaba nuevamente por la prolija despedida. Por consiguiente, Dottie se despegó de Marge, que la tenía abrazada, y le siguió.

Mas, apenas hubo llegado a la puerta, tornóse hacia la sala y gritó con frenético valor:

—Tengo algo importante que decirte, Norman..., aunque te enfades conmigo.

Norman anduvo hacia ella, como

atraído por un imán. El señor Coburn soltó un bufido por aquella nueva espera, pero su hija se había declarado en rebeldía y sólo tenía ojos para el jefe de la cuadrilla.

—¡Te quiero, Norman!... ¡Y siempre te he querido, Norman!

Dicho esto, huyó del cuarto. El portazo sonó como una campana de difuntos. Norman dió un traspies como si hubiera recibido un directo en el estómago, y continuó retrocediendo hasta que tropezó con el respaldo del diván, pasándose azorado la mano por el cabello.

El resto de los espectadores de la declaración se había transformado en estatuas. Volvió Norman a frotarse los ojos, como para borrar el deslumbre de una verdad súbitamente revelada, y comentó, entre tímido y aturdido:

—Es una chica muy decidida, ¿verdad?

—Así parece —convino Jorge.

LA AGONIA FATAL.

Mientras Norman asimilaba con dificultad la noticia del amor de Dottie, sus amigos se olvidaron de ella y, aproximándose lentamente a Muriel, que espantada por la expresión de sus rostros quería pararse detrás del amparo del diván, crisparon sus manos. Kate la sujetó por las muñecas y exclamó con rabia:

—Los espíritus dicen que la que vió el crimen debe acercarse a la imbécil que tiene la culpa de todo y azotarla fuertemente.

—Has tenido una buena idea — aprobó Jorge.

Y, haciéndose cargo del título de verdugo de la pandilla, tendió a Muriel sobre sus piernas y puso manos a la obra con científica pre-

cisión, acompañando a cada parte del castigo el nombre de cada uno de los ofendidos, a modo de letanía expiatoria.

El alboroto cedió finalmente. Muriel fué abandonada en un rincón, en donde se entregó sin trabas a unos espantosos hipo y no menos espantosas lágrimas. Los actores, en parte satisfechos y desahogados por la ejecución del castigo, descansaban de sus fatigas sin cambiar una palabra... Alguien golpeó la puerta.

Norman se adelantó a los demás y se encontró ante el correcto criado de Kenny, orondo, lleno de importancia.

—Soy Phillips, el mayordomo del señor Kenny.

Esta presentación infundió reno-

vada vida en los histriones, que le rodearon.

—Sí, ya lo recuerdo.

—Hola, señor Phillips —dijo Jorge con unción—. ¿Trae algún recado del señor Kenny?

—Sí, el señor Kenny quiere que bajen todos ustedes a su departamento dentro de media hora.

—¿Sí? —exclamó, incrédulo, Tony.

—¿Cómo lo dijo? —inquirió Kate.

El mayordomo frunció el ceño, sin comprender el sentido de la pregunta. Norman, cuya reverencia hacia el símbolo del poder del empresario era manifiesta, aclaró apresuradamente:

—Sí... Cuando lo dijo, ¿estaba sereno o enfadado?

—Yo no acostumbro a analizar los sentimientos o las emociones del señor Kenny —repuso con dignidad—. Dentro de media hora, si hacen el favor.

—Dígale que bajaremos.

Le escoltaron hasta la puerta y, así que estuvo cerrada, contrariamente a lo que era de suponer, no se entregaron a una salvaje demostración de júbilo. Sus cerebros forjaban las más descabelladas cábalas respecto a los propósitos del empresario... Sin embargo, no se sentían

muy tranquilos. Phillips no era un mensajero apropiado para ello.

—¿Qué es lo que querrá?

—El mayordomo no parecía muy entusiasmado.

Jorge se desplomó en una silla y se cogió la cabeza entre las manos, sentenciando:

—Ningún mayordomo entusiasmado y por eso no pueden dejar de ser mayordomos en la vida.

—Bien, pues bajemos y sabremos lo que pasa —ordenó Norman—. No podemos estar en un apuro más grande del en que estamos.

—Es cierto.

Tan absortos estaban en el futuro, que Jorge cometió el error de ser amable con Muriel, bajo cuya espalda colocó un almohedón para que estuviera más a salvo del dolor que le habían producido los azotes.

Media hora más tarde, un grupo de humildes jóvenes era introducido en el piso del señor Kenny por Phillips. Se percataron de muchas cosas, especialmente del dictáfono dispuesto sobre un escritorio. Phillips les dejó a solas, después de rogarles que se sentaran en espera de su señor.

Ninguno de ellos tenía la conciencia muy tranquila y todos esperaban que de un momento a otro se abriera la puerta y aparecieran unos

policías con una orden de arresto contra ellos por quebrantar los derechos de la propiedad intelectual. En esta tesitura, Jorge quiso disimular su malestar, reparando:

—Es como nuestro piso, pero vestido lujosamente.

Tony se levantó y se llegó al dicáfono, contemplándolo fascinado:

—Por lo menos no lo ha quemado. Es buena señal.

—Si no nos denuncia... —murmuró Marge.

—No seas tonta —gritó Norman, aunque sobresaltado—. ¿Cómo va a denunciarnos por representar su obra?... No fué en público para ganar dinero.

—Afortunadamente —insinuó Jorge.

—¿Qué significa? —protestó Norman—. Lo hicimos muy bien.

—Si no hubiesen ocurrido tantas cosas... —vaciló Kate, aún compartir su entusiasmo.

Como éste era un poco afectado, Norman se sintió asimismo inquieto, falto del apoyo moral de los demás. Acercóse, pues, al aparato y propuso:

—Pongámoslo, a ver qué sale.

—No, Norman, no —objetó Marge, temerosa.

—Son nuestras voces, ¿no? —defendió Norman.

Norman pulsó la clavija, dando

lugar a las voces. Fué la suya la primera que sonó:

—¿Quién es usted?

—¡Ah! Es que entré por lo del alquiler, ¿sabe?

Aquí fruncieron el gesto. La inesperada actriz era la señora Garnet. Retumbó entonces la voz de Norman, exasperada:

—Por favor, señora Garnet... Es una obra, por favor... Bien, Kate, sigamos...

—¡No! ¡No! ¡No! —trino la voz de Dottie.

—Es cuando te mataron, Kate —avisó Tony por lo bajo.

—¡Ah, la pitonisa está muerta! —declamó Norman exageradamente—. Quisiera saber quién será el siguiente.

—¡Ah! —suspiró la voz de Tony.

—¡El joven nervioso era el siguiente! —se espantó la de Norman.

—Eran magníficos esos ruidos que hacías al morirte, Tony.

La alabanza provenía de Marge. Tony se encogió de hombros, ya que, como los demás, comenzaba a darse cuenta de que sus careadas cualidades teatrales eran una quimera. Aquella constatación, si no les desanimó de momento, apabulló su orgullo lo suficiente para que no

osaran mirarse entre sí. El dictáfono proseguía, implacable:

—Siento decirle, señor —anunció la voz de Jorge, seguida por los ademanes de su propietario—, que las dos hermanas misteriosas fueron encontradas en un pozo a medianoche. Completamente ahogadas, señor. Luego... ¡ah! ¡ah! ¡ah!

Jorge consultó a sus avergonzados amigos con los ojos. Y fué el primero en confesar los errores que patentizaba la implacable máquina:

—¿No os parece un poco exagerado?

Pregunta que quedó sin contestación, porque del micrófono partió una voz, la de Dottie, diciendo la siguiente frase con el ritmo de una salmodia oriental:

—¡Oh, atrás, atrás!... ¡Apartaos!

—Cualquiera diría que está cantando —exclamó Jorge.

—¡Ah! —chilló Dottie.

—Al fin —gruñó la voz de Norman—. Todos muertos... ¡Cielo santo! Esto es una prueba, claro. ¡La gorra con sangre en mi maleta! Esta es la verdad: ¡yo los maté!

Norman humilló la cabeza sobre el pecho. Kate se alejó impaciente de Jorge, sobre quien había estado apoyada, y expresó el criterio general al ordenar:

—Norman, desconecta.

Así lo hizo Norman y todos volvieron mohinos a sus asientos. Se había esfumado una ilusión, una locura, de su juventud. Norman se apretó las manos y se hizo cargo con valor de la enseñanza:

—Lo hacemos peor de lo que creía.

—Eso es lo malo —replicó Jorge.

Enmudecieron, tristemente impresionados. Estaban compungidos y esperaban la aparición del señor Kenny con el entusiasmo de los condenados que han de dirigirse a la horca. Por consiguiente, cuando el ansiado personaje los encontró silenciosos y meditabundos, se rió para sí y les saludó:

—¡Hola!... Veo que se divierten ustedes.

Con todo, su alegría no procedía exclusivamente del aire de arrepentimiento de los jóvenes. En sus ojos relucía una idea. Norman se le aproximó arrastrando los pies y tartamudeó:

—Señor Kenny, lo sentimos mucho...

—No nos habíamos dado cuenta... —agregó Kate.

—Nos iremos sin decir nada —concluyó Jorge.

Oído que fué esto por el empresario, enarcó las cejas en el colmo del asombro.

—¿Cómo? ¿No quieren crecer en la comicidad que tienen ustedes?

—¿Qué?

—¿Comicidad?

—Entonces... entonces, ¿usted cree que es gracioso? — exclamó Jorge.

El señor Kenny asintió con la cabeza, en tanto que su cuerpo se

estremecía a impulsos de la hilaridad.

—Tan gracioso, que vamos a ensayar inmediatamente tal como lo hacen ustedes, con interrupciones y todo... ¡Es tremendo! Nadie podía haber escrito cosa semejante. Vamos a hacer los contratos ahora mismo.

PRINCIPIO DE LA REALIDAD

Fuéra necesaria toda la elasticidad espiritual de la juventud, en cuanto estuvieron convencidos de que el empresario no se burlaba de ellos, para que se habituaran al pensamiento que de su fracaso había alcanzado una victoria jamás soñada. Poco a poco, la estupefacción se fué disipando.

—Claro, cómico... — murmuró Norman con una sonrisa helada en los labios.

Jorge fué más listo que él, es decir, casi se pasó de listo al contestar propinándole un codazo:

—Ya lo sabíamos, ¿verdad?

—Yo voy a tener un nene—dijo Marge con ternura, viendo realizadas todas sus ilusiones.

El instinto cosoercial del señor Kenny salió a flote.

—Lo siento, pero no puedo pagar más por eso. Los negocios son los negocios... ¿Dónde está el cadáver?

—Está arriba.

—Dice que no puede ir a ningún sitio.

—¿Y la otra jovencita que gritaba?

Un volcán de sorpresa entró en erupción en el pecho de cada cual al observar el interés con que el empresario preguntaba por el paradero de Dottie, a la que no distinguía entre ellos.

—¿Dottie? — exclamó Norman, ruborizándose... ¡Oh, se fué!

Kenny dió una patada en el sue-

lo y dió valsones por la estancia, abriendo y cerrando los brazos, presa de una gran excitación.

—¿Se fué?... ¿Dónde?

—A Huckville, Illinois.

—No puede irse; es la más graciosa de todos.

—¿Ella?—profririeron al unísono Jorge y Norman.

—Ya lo creo. No hacía nada a derechas. No, ella ha de tomar parte en la obra, lo siento...

La lamentación del señor Kenny equivalía a expresar que si Dottie no aparecía, los contratos se quedarían en aguas de borrajas. Naturalmente, todos reaccionaron al notar su tono y Norman resonó:

—¿Qué contrariedad!

Va veían el contrato perdido si no recuperaban a Dottie a costa de lo que fuese, incluso afrontando las terribles iras del señor Coburn. Sin embargo, el hado, que a tantas contrariedades les había sometido, decidióse a mostrarse favorable para con la pequeña colonia de actores.

Claro está que no estuvo muy acertado en la elección de mensajero, pero de todas formas fué bien recibido. Este fué la diminuta y atolondrada señora Garnet, que introdujo su cabeza de chorlito en el

cuarto antes que el resto de su persona.

—Dispensen... —comenzó muy agitada, sin referirse a nadie en particular.

—Ahí abajo hay una joven que quiere ver a un joven, que quiere ver a una joven que hay abajo.

Todos la estudiaron con los ojos desorbitados; todos, menos el señor Kenny, el cual, como hacía más años que la conocía, dió una zancada hacia ella y concretó escuetamente:

—¿Qué señorita y a qué joven?

—Dijo a Norman... Cuando yo era joven, las chicas llamaban a los chicos por el apellido, pero ahora... yo no sé...

Su moralizadora duda importó un comino a Norman, que había adivinado gracias a un sobresalto de su corazón de quien se trataba. Apartó a Jorge, pues, de su camino con un brusco ademán y apremió a la casera:

—Un momento... ¿Dónde está, señora Garnet? ¿Dónde está?

—Ahí. Lo que no entiendo es por qué no sube. No lo entiendo; vive aquí.

—¡Dottie! —suspiró Norman, echando a correr antes que los demás.

Bajó los escalones a grandes saltos y halló a Dottie tímidamente sobrecoyida en un lugar cercano a la salida del edificio. Estaba muy avergonzada, sentimiento que se le comunicó a Norman en cuanto estuvo delante de ella. Incluso, dejó que un pie suyo quedara puesto sobre el primer peldaño de la escalera, para tener más facilidad en la huida.

—Norman... Volví, no tenía más remedio...

—Dottie, oye... — suplicó Norman,

Pero no lograba nada. Dottie proseguía avanzando hacia él, hasta que le tuvo acorralado contra la pared. Quiso adoptar la postura de un hombre de mundo y la frenó con un gesto.

—El señor Kenny va a hacer nuestra obra y sobre todo insiste en que trabajes tú.

Dottie pareció desanimarse y, sin mirarle a los ojos, le reprochó con más sutileza de la que se le hubiera creído capaz.

—Ya veo que te alegra que haya vuelto. Especialmente porque a él le interesa. Pero tú ya sabes por lo que he vuelto.

Norman cedió un poco más de te-

rreno, porque, en efecto, lo sabía.

—¿Cómo? ¿Te dejó venir tu padre?

—Nada de eso; quería impedirlo... Y, cuando le esperaba en la estación conté hasta dieciocho, que son los años que tengo, y me escapé sencillamente.

—¡Dottie, eso es algo magnífico!

—¿Qué es magnífico? —puntualizó Dottie—. ¿Que haya venido yo o que hagan la obra, Norman?

—Claro... magnífico que hayas venido.

—¿De veras, Norman?

—Pues... ¡claro que es de veras!

—¡Norman! —exclamó ella, precipitándose hacia él con los brazos abiertos.

El muchacho quiso defender la integridad de sus principios, ya muy vacilantes, apelando rápidamente a la fuga, pero Dottie, que sabía lo que quería y por qué lo quería, y que además se había burlado de su padre por dichos motivos, le atajó la retirada.

Poco después, Norman estaba indudablemente arrepentido de aquel conato de huida y pedía perdón de la única manera que los enamorados saben hacerlo desde que el mundo es mundo.

J U V E N T U D A M B I C I O S A

Los actores, espectadores de aquel apasionado final desde la barandilla del primer piso, cambiaron una significativa mirada. Los más sorprendidos, los más estupefactos de él fueron la señora Garnet y Muriel, aunque por motivos distintos.

La última, tragando saliva, pero sin dejar de observar, exclamó:

—¡Oh!... ¡Y decía que no sabía el aspecto que tenía un hombre!...

—Bueno, pues, de ahora en adelante, ya no podrá decirlo —vaticinó con autoridad la señora Garnet.

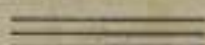
FIN

Los más célebres artistas

Las grandes producciones

La mejor literatura

siempre en



BIBLIOTECA CINE NACIONAL

2 ptas.

La última falla	Miguel Ligero	Martingala	Niño Marchana
La reina mora	María Arias	Rápido usted	Celia Gámez
Bisconchito madrileño	P. G. Velázquez	Usted tiene ojos de mu-	
Merla de la O	Carmen Amaya	jer fatal	R. de Sentmenat
¡No quiero! ¡No quiero!	José Baviera	Tierra y cielo	Maruchi Fresno
Eran tres hermanas	Luisita Gargallo	Jai-Alai	Inés de Val
Bohemia	Emilia Aliaga	¿Quién me compra un	
Don Florpando	Valeriano León	un fio?	Maruja Tomás
Los hijos de la noche	Miguel Ligero	Alas de pas	Lois de Valois

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Garmen, la de Triana	I. Argentina	Sol de Valencia	Maruja Gómez
El sobre sacado	E. Gargallo	Misterio en la Marisma	Tony D'Algy
La Dolores	Rosita Díaz	Rosas de otoño	M. F. L. Cuervo
La Millana	R. de Sentmenat	La patita chica	Estrellita Castro
Suspiros de España	Miguel Ligero	La chica del gato	Joanita Hernán
Gloria del Moncayo (Los		Un enredo de familia	Mercedes Vecino
de Aragón)	M. de Diego	La culpa del otro	Luis Prendes
El octavo mandamiento	Lina Yegros	Fin de curso	Luchy Soto
Rumbo al Cairo	Miguel Ligero	Mi enemigo y yo	Joanita Hernán
El difunto es un vivo	Antonio Vico	Y tú... ¿quién eres?	José Nieto
Melinas de viento	Pedro Terol	Una mujer en un taxi	Silvia Morgan
La alegría de la huerta	Flora Santacruz	Una herencia en París	Tony D'Algy
El barbero de Sevilla	Miguel Ligero	Empezó en boda	Sara Montiel
Meledra de arbol	I. Argentina		
	C. Gardel		

SELECCIONES BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligero	Cautivo del deseo	Leslie Howard
La Pavula	Maruja Tomás	Flor de espino	Gracia de Triana
Verbena	Maruja Tomás	Tú llegarás	Roberto Rey
Rosa de África	Rafael Medina	Buenas noches	M. Luisa García
Mucha de engaño	Amadeo Nazzari	Otoño	Roberto Rey

Pedidos a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA





2⁵⁰ ptas.



717 - R. D. 1936

Propaganda